

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 103

Administración: Cristóbal Bordáu, 1, Madrid

1.º Octubre 1902

## *La evolución de la Filosofía en España.*

*De uno á otro Certamen socialista.—Afinidades psicológicas de Fernando Tarrida y Anselmo Lorenzo.—El autor y Tarrida en Montjuich.—Propósito común de los colectivistas y de los comunistas.—La evolución ideal de Ricardo Mella.—«Acracia» y sus redactores.—«La Revolte» de París en el ánimo de los colectivistas de España.—La evolución económica de los anarquistas que vivían en Madrid.*

En todo libro, artículo ó colección de periódico anarquista de aquel tiempo, vemos marcada la huella de la evolución. Sólo han pasado cuatro años, de 1885 en que se celebró el primer «Certamen socialista», á 1889 en que se celebró el segundo, y sin embargo es tal la diferencia del uno al otro, no sólo en la significación, tendencia y tolerancia de la doctrina, sino en la riqueza de argumentos y de recursos científicos que para defender sus ideas exponen los concurrentes á aquella fiesta literaria, que no hay manera de establecer punto de comparación, aun siendo casi las mismas las personas que concurrieron á ambos Certámenes. En cuanto á la tolerancia en materias económicas, basta decir que, estando compuesto el Jurado del Certamen socialista celebrado en Barcelona de individuos partidarios del colectivismo, premiaron el trabajo de dos anarquistas comunistas: Teobaldo Nieva y Sergio de Cosmos. Indudablemente que merecía premio el trabajo de aquellos dos comunistas; pero el hecho de no haber ofuscado la razón el amor por el criterio propio, demuestra que los colectivistas, si no sentían menguar su fe por el credo económico que había ganado su conciencia, sospechaban que podían ir equivocados y que el comunismo era una solución digna de ser tenida en cuenta, concesión que antes no se había hecho.

Nuestros lectores recordarán lo que de Fernando Tarrida acaban de leer, escrito el año 85, respecto del comunismo. He aquí lo que decía en el Certamen socialista celebrado en Barcelona el 89:

«Quedan, pues, las dos aspiraciones económicas del campo anárquico: el comunismo y el colectivismo. Dice el primero: á cada cual según sus necesidades; dé cada cual según sus fuerzas. Dice el segundo: á cada cual según sus obras; dé cada cual según su voluntad.

»Desde luego podemos afirmar que ambos principios son buenos y en nada contrarios á la idea anárquica, siempre que no se impongan en absoluto y sean hijos del contrato libre y revocable entre las entidades que lo practiquen. Desde este punto de vista es utilísimo el estudio de tan importante problema, con el bien entendido que los resultados que cada cual obtenga de sus estudios serán nuevos datos que han de ayudarle á tomar en su día su resolución; pero nunca una forma dogmática, que tendría que convertirse á la larga en una imposición para individuos y á veces para localidades enteras.

»En cualquier caso que nos coloquemos, tanto la forma comunista como la colectivista son perfectamente compatibles con la Ciencia y la Naturaleza.»

Los párrafos reproducidos representan una llamada a la tolerancia y al estudio del comunismo. Tarrida sabía que la mayoría de sus lectores habían de ser colectivistas; pero habiendo hecho ya presa en su cerebro el comunismo, le presentaba como una solución tan respetable como el colectivismo.

Desde este instante no seguiremos más la evolución de la idea económica en Fernando Tarrida. Basta decir que poco después se declaraba anarquista sin adjetivo económico, tanto para provocar el estudio del comunismo, como para apaciguar la contienda entablada entre los partidarios de ambas tendencias, y que en la actualidad, como la mayoría de los anarquistas del mundo, es comunista.

La evolución de nuestro amigo fué laboriosa en apariencia, mas no lo fué realmente. Quien conozca la composición psicológica de Tarrida, estará enterado que concibe rápidamente las cosas y los problemas; pero, para no disgustar a sus amigos, es capaz de tolerar las ideas y los propósitos más en oposición con sus juicios, sin perjuicio de obrar después conforme su particular criterio. El concibió rápidamente la superioridad justificada del comunismo sobre el colectivismo; mas sus amistades, el temor de disgustar a sus amigos, hizo que recorriera poco a poco é insensiblemente la distancia que media de uno á otro criterio.

Parte de lo dicho se puede aplicar también á Anselmo Lorenzo; pero Lorenzo, si no fué desde el principio declaradamente comunista, tampoco fué acérrimo defensor del colectivismo desde que entre los partidarios de la revolución social se discutió la solución económica: que cada cual tome del producto común lo que necesite y ponga en él lo que produzca.

Un estudio psicológico de Fernando Tarrida y de Anselmo Lorenzo sería muy curioso; ambos tienen grandes afinidades. Tarrida es más transigente en teoría, cuando habla con uno; menos en la práctica. Lorenzo discurre con el amigo y le lleva la contraria, para transigir después con él en los hechos. La causa de estas manifestaciones es la delicadeza de sentimientos de cada uno y la necesidad que sienten de amistades. No tienen valor para disgustar á los que hablan con ellos, sobre todo si son anarquistas, y el uno transige al instante y el otro después, es decir, en el uno la transigencia es sensibilidad y en el otro reflexión. Pero como aquí no se trata de psicología, sino de filosofía, daremos por terminada la parte de este estudio que se refiere á Tarrida, exponiendo una conversación que el año 96 tuvimos con él en el castillo de Montjuich, después de las lecciones mutuas que de francés, inglés, gramática castellana, lectura y escritura nos dábamos los presos.

Como buen científico, Tarrida decía que la sociedad futura sería lo que la ciencia permitiera. Nosotros replicábamos que la sociedad del porvenir había de ser lo que indicaran las pasiones, deseos y necesidades humanas en completa libertad y traducidas en una doctrina sociológica; que la ciencia no sería más que un instrumento para satisfacer aquellas pasiones, deseos y necesidades, esto es, que el hombre no había de someterse á la ciencia, sino la ciencia al hombre, en el bien entendido que nosotros no comprendíamos en estas ciencias esclavas del ser humano á las naturales y biológicas, que no son más, cuando se aplican al hombre, que el hombre mismo expuesto ó presentado científicamente.

Y para defender nuestro juicio, decíamos: que las ciencias nunca habían constituido el ideal humano, aunque constituyeran y constituyen el de una ó varias personas; que las

ciencias nunca habían servido de guía al hombre en su marcha hacia el porvenir, aunque hayan sido la luz que ilumina el camino. Delante del hombre, desde que el hombre existe, no ha habido más que un ideal de bienestar, cada día más perfecto y más complejo, y todo lo que el ser humano ha inventado y hecho en artes y ciencias, ha sido con el propósito de hacer práctico el ideal concebido. En resumen, la ciencia es un medio para alcanzar la felicidad deseada, no es un fin humano; sirve para establecer la sociedad del porvenir, no es la sociedad misma. Y si esto es cierto, la sociedad anarquista, como ideal de hoy no será lo que permitan las ciencias, sino que éstas representarán uno de los instrumentos que la harán práctica, bella y agradable.

\* \* \*

Conviene repetir que, tanto los comunistas como los colectivistas, pretendían dotar á los hombres de la más completa libertad y de la más completa igualdad; sólo que los unos veían esta libertad y esta igualdad en el comunismo, y los otros en el colectivismo. Así la división no consistía en el propósito, sino en el sistema. Por eso los colectivistas diciendo colectivismo y anarquía, querían decir exactamente lo mismo que los comunistas al exclamar comunismo y anarquía; esto es, igualdad, libertad. En los colectivistas, la palabra colectividad tenía igual significación que en los comunistas la de comunidad: agrupación de personas que se unían por afinidades y que concurrían por igual al bien de todos. Hasta se notaba que, indistintamente, algunas veces los mismos colectivistas usaban la palabra comunidad con igual sentido que colectividad, y viceversa.

Ricardo Mella el año 1889 continuaba siendo anarquista colectivista, y su acometividad en defensa de aquel principio económico era igual que el año 85; pero en el Certamen socialista celebrado en Barcelona y en un trabajo titulado la *Nueva Utopía*, explica el funcionamiento económico de la sociedad del porvenir, sin nombrar para nada el «producto íntegro del trabajo» ni el colectivismo. ¿Era respeto á las ideas ajenas? ¿Era duda sobre el sistema económico que adoptaría la sociedad futura? Sea lo que fuere, demuestra una inteligencia trabajada por la evolución y el estudio de las ideas. Véase si no:

«El sistema social de la «Nueva Utopía» es de una sencillez admirable. Sus dos principios fundamentales son: la libertad y la igualdad. Por la primera, el hombre usa de sus naturales disposiciones, emplea su actividad, aplica sus fuerzas sin estorbo, sin razonamientos perniciosos. La Naturaleza es su único límite. Por la segunda, dispone de cuantos medios necesita para la traducción real de la primera, medios de producción, de estudio y de recreo que le colocan en identidad de condiciones con sus conciudadanos.

»El contrato ó pacto es el único medio de relación, de transacciones, de acuerdos entre los diversos miembros de la sociedad. *No hay un pacto único, general y permanente. Hay diversidad de contratos más ó menos generales y variables, rescindibles y anulables.*

»Todos los elementos naturales, mas los producidos por la labor continua de las generaciones, pertenecen al patrimonio universal. La propiedad privada de esos elementos ha sido desterrada de la «Nueva Utopía». El productor aislado ó asociado cuenta siempre con la posesión usufructuaria de estos medios generales del trabajo.»

«Estas agrupaciones forman parte, por lo general, de grandes núcleos federativos cuyo objeto es fomentar la solidaridad de los elementos componentes, asegurar el bien de la comunidad y prevenir los males imprevistos, á la vez que conocer y establecer ó fijar las necesidades de la producción, el cambio y el consumo en sus relaciones con las demás corporaciones económicas.»

«Las asociaciones se fundan generalmente en la cooperación libre, como más apropiada á la naturaleza humana y á los fines sociales. La comunidad, como la explotación individual, constituye la excepción. Por aquel otro sistema ó procedimiento, *nadie se obliga á más de lo que puede ó quiere*, y sin mermar la fuerza colectiva, se encuentra siempre dueño de sí mismo y en actitud de modificar las condiciones del contrato, ó de romperlo para reconstituirlo con otro ú otros. En las grandes fábricas estas agrupaciones se subdividen en secciones, según la naturaleza de los trabajos, y cada una se asigna su faena y se organiza conforme á los fines de la misma.»

Y todo el trabajo de Mella es semejante á la parte reproducida. Lo mismo puede ser firmado por un comunista que por un colectivista: Sobre todo domina el espíritu de la libertad, que es lo primordial para todo anarquista; porque con la libertad la sociedad futura podrá ser colectivista, comunista ó individualista, ó mezcla de ambas cosas á la vez, según deseen los individuos ó la práctica les enseñe.

Pero la diferencia que va de lo dicho por Ricardo Mella en uno y otro Certamen, es menos de la que media entre lo que dijo antes del Congreso anarquista celebrado en París y lo que dijo después. Antes, aquel compañero escritor anarquista transigía con el comunismo, no para defenderlo, sino para tolerarlo y admitirlo como una posibilidad en el porvenir libertario; pero desde hace dos años (1), casi todos sus argumentos en defensa de la sociedad futura son netamente comunistas, aunque él no les dé este nombre; y aun diremos que, poco después de regresar de la conferencia anarquista celebrada en París el año 1900, publicó un artículo en el que se hacían declaraciones comunistas. De este aserto no estamos muy seguros, pero lo tenemos en la memoria y es difícil que en ella se hubiese metido sin motivo ni razón fundada. Pero los siguientes razonamientos, publicados en LA REVISTA BLANCA el año pasado, demuestran sobradamente que el ideal anarquista de Ricardo Mella ha evolucionado hacia el comunismo.

«¿Qué relación puede establecerse entre las necesidades individuales y las energías gastadas en el trabajo?—Juan, que es más forzudo que Pedro, llevará á éste ventaja en un trabajo de resistencia. Una misma unidad de obra hará Juan mucho más pronto que Pedro, y en una misma unidad de tiempo realizará el primero mayor cantidad de trabajo que el segundo, lo cual quiere decir que siempre Juan ganará más que Pedro. Pero Pedro, por lo mismo que es más débil, necesitará seguramente mayor y más nutritivo alimento, porque en la relación de las necesidades y de las energías gastadas habrá para él un gran déficit siempre. Luego puede establecerse como regla general, que las necesidades están en razón inversa de las fuerzas. ¿Condenaremos á Pedro á perpetua debilidad y á consunción eterna?

»Antonio, más hábil que Diego, realizará una obra cualquiera mejor que éste. Pero una mayor habilidad implica la realización más fácil de dicha obra. Entonces, Antonio gastará menos energía, trabajará menos que Diego en una misma unidad de producción. Así Antonio se hallará en el caso de restaurar una menor cantidad de energía gastada. Pero, según la teoría, ganará más que Diego. Luego, cualesquiera que sean las necesidades de uno y otro, se paga más al que menos fuerzas gasta. Luego también, la retribución del trabajo está en razón inversa de la energía gastada, y como las necesidades guardan idéntica relación con las fuerzas, debemos establecer que se paga mejor al que menos necesidades tiene.

»Rosendo, que es más inteligente que Joaquín, aprenderá más pronto que éste cual-

(1) Cuéntese desde hoy.

quier lección ó cualquier faena. Luego Joaquín, para aprender lo mismo que Rosendo, tendrá que hacer un mayor esfuerzo intelectual. En suma: Joaquín gastará más fuerzas, más energía; tendrá, por tanto, necesidad de reponer una mayor cantidad de fuerza empleada, á fin de devolver á su organismo el equilibrio. Pero, según las dos leyes anteriormente deducidas, Joaquín dispondrá de menos elementos para satisfacer sus necesidades, para reponer sus fuerzas quebrantadas. Luego, finalmente, se condena á Joaquín á creciente incapacidad fisiológica y á progresiva miseria económica.

»Resultado: que el principio de la recompensa no estimula ni al más fuerte, ni al más hábil, ni al más inteligente; pero sí reduce á impotencia absoluta y miseria perpetua al débil, al inhábil y al torpe. Si para los primeros es fácil obtener un buen premio, es claro que la promesa de éste no les estimula. Si para los segundos es casi imposible conseguir el mismo premio, y de hecho lo obtienen cada vez menor, es evidente que se les empuja á la desesperación y al suicidio. Se paga, se nos dirá, la aptitud, se retribuye el mérito, se recompensa la inteligencia. Y bien; una mayor aptitud, una mejor disposición para el trabajo, significa siempre menor gasto de energía; por tanto, menos necesidades que satisfacer. Organismos más ricos en propiedades vitales aquéllos, manteniéndose más fácilmente que éstos. Dar más al que menos necesita equivale á colocar lo superfluo al lado de la miseria, en constante oposición.»

Y á manera de condenación contra toda concepción económica apriorista, colectivismo inclusive, Mella dice más abajo:

«Ella no dice, ni dirá tal vez en mucho tiempo, cómo y en qué forma un próximo porvenir realizará la justicia. La experiencia, por un proceso de selección, irá determinando la forma ó formas más equitativas del desenvolvimiento del bello y positivo ideal que implica una amplia satisfacción de las necesidades generales. Nadie intenta ya forjar el mañana con arreglo á moldes de exclusiva invención, porque se ha comprendido que la humanidad no se ha conformado, no se conforma, no se conformará jamás á los caprichos de los inventores de sistemas sociales. Los decretos lanzados á la posteridad son como burbujas de jabón que se disipan en el aire.»

Este es también nuestro criterio desde hace algunos años. Creemos sinceramente más justo el comunismo que el colectivismo; es más, para nosotros el colectivismo no acaba con la propiedad individual, y, por consiguiente, no establece la igualdad económica; pero no estamos seguros del sistema que adoptará la humanidad al día siguiente y sucesivos de la revolución social, ni sabemos si la práctica enseñará á los hombres que si no la justicia absoluta, la libertad individual, que es el amor más grande de los anarquistas, más grande que el cariño que sienten por la igualdad económica, les impondrá un sistema mixto, compuesto de comunismo en el consumo, es decir, de todo para todos, y de colectivismo é individualismo en la producción, esto es, que habrá trabajos que necesariamente tendrán que hacerse en colectividad y otros individualmente, y hasta es posible que toda clase de arte, en la concepción del mismo, en particular, sea individualista del principio al fin. Por eso no está bien que el hombre de ideal justo y generoso se case *en absoluto* con una solución económica determinada, para que tenga siempre abierto su intelecto á nuevas concepciones y deje en pie, siempre también, el principio de los principios: la libertad propia y la ajena, la libertad individual de todo el mundo. Y en resumidas cuentas, el individuo que está convencido de la eternidad de la evolución y al mismo tiempo pretende establecer la libertad y la igualdad absolutas, no de inteligencia ni de hermosura, como creen los *tontos-sabios* de la burguesía, habría de pensar de esta suerte: «Yo quiero que todos los hombres sean libres y que satisfagan al mismo tiempo sus ne-

cesidades de cualquier clase que sean. En este momento, dado mi estado de educación y de medio, y dado el estado de la civilización en general, creo que aquella libertad y aquella igualdad puede darse, por ejemplo, en el comunismo anárquico; pero si la práctica ó la simple teoría de mañana me convenciera de lo contrario, dejaría de ser comunista anarquista para abrazar las doctrinas que establecieran rigurosamente la libertad y la igualdad, ideal que no ha de supeditarse á ningún sistema, sino que ha de obtener los sistemas que lo establezcan y lo afiancen. Si cuando hagamos la revolución continuamos creyendo en que el mejor sistema social es el comunista, estableceremos el comunismo; si creyéramos que le lleva ventaja el individualista, y dado los adelantos mecánicos que se realizan y realizarán, quién sabe si el hombre podrá emanciparse de la cooperación de los demás para todo lo que no sean afectos en sus variedades, estableceremos el individualismo, y si después la práctica nos demostrase que ni una ni otra cosa asegura la libertad y la igualdad, dejaremos el comunismo ó el individualismo para adoptar otro sistema. ¿Cuál? Quién sabe; el hombre nació ayer como quien dice y le quedan muchos millones de siglos para progresar y evolucionar.

Al año siguiente del Certamen socialista celebrado en Reus se fundó en Barcelona una revista sociológica titulada *Acracia*, donde escribían, con más asiduidad que otros, A. Pellicer, Fernando Tarrida, Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, E. Canibell, procedentes casi todos del partido federal y defensores en aquel entonces del colectivismo. En *Acracia*, que era una revista hermosísima por los conocimientos de quienes la escribían, se lee en el mismo año de su fundación (1886) un artículo de Teobaldo Nieva titulado «Colectivismo y comunismo», en el que, molestando el autor por lo que escribían los anarquistas de otras naciones de los españoles, decía que bien explicadas ambas doctrinas resultaban iguales, y puesto que la diferencia era cuestión de nombre, él quería continuar llamándose colectivista. En el fondo tenía razón Teobaldo Nieva, no porque sean iguales el comunismo y el colectivismo, sino porque colectivistas y comunistas querían establecer la verdadera libertad y la verdadera igualdad.

*La Revolte*, de París, correspondiente á los días 16 y 20 del mes de Agosto de 1887, dedicó dos artículos á los anarquistas españoles, titulados: *Comunistas y Colectivistas* en defensa del comunismo, y que reprodujo *Acracia* poniéndole el siguiente comentario:

«Nuestro querido colega *La Revolte*, de París, ha publicado los dos artículos que dejamos transcritos.

»Refiriéndose á los mismos, *El Productor*, de Barcelona, en su número 59, ha publicado una rectificación, de la cual entresacamos los siguientes párrafos, con los que nos hallamos perfectamente de acuerdo:

«Tal vez fuera ue España se entienda el colectivismo de diferente modo que los anarquistas españoles lo hemos entendido, cuando con tanta iniquia lo combate nuestro querido colega parisiense. Jamás hemos pretendido tener nosotros una organización productora para sustituirla en un momento dado á la actual; muy al contrario, siempre hemos huido de entrar en detalles, porque no creemos que éstos deban ni puedan tratarse más que en el momento de plantearse.

»Hasta el día siguiente de la Revolución los anárquicos colectivistas españoles estamos en un todo conformes con los comunistas anárquicos franceses, ó, cuando menos, con los que piensan como *La Revolte*.

»Después... después es de esperar que continúe reinando el mismo acuerdo entre unos y otros.

»Siendo comunes nuestros intereses ¿cómo no habríamos de pensar de igual manera?»

A esta contestación de *El Productor*, que sintetiza el pensamiento de los colectivistas de entonces, *Acracia* le añadía lo siguiente, que reproducimos para demostrar que los colectivistas, juzgando el comunismo anárquico como el comunismo autoritario, lo combatían por considerarlo incompatible con la libertad individual:

«Por cuenta nuestra debemos añadir, que si queda probado que los colectivistas españoles, antes que teóricos que sacrifican la razón á su sistema, somos revolucionarios que queremos que las teorías sean hijas de la razón y de la práctica, no puede tacharse-nos de que pretendemos dejar subsistente el actual orden económico con una simple reforma.

»Declaramos también que si, tanto los que se llaman comunistas como los colectivistas, han de esperar que satisfagan las necesidades revolucionarias tal como *La Revolte* las describe y nosotros aceptamos «para ver entonces lo que convenga ó no convenga producir», «si tal trabajador tendrá mañana un empleo útil, ó si á la noche llevará á su casa ó no un bono de trabajo», ni unos ni otros formamos escuela; porque para ello sería necesario que, tanto comunistas como colectivistas, lo tuvieran todo previamente arreglado y previsto, y por tanto, las diferencias entre las dos supuestas escuelas son imaginarias.

»Quedan, pues, únicamente subsistentes los nombres, que si bien no afectan á lo substancial de la cosa, aún tiene el colectivismo la ventaja de armonizarse mejor con la anarquía, por cuanto no somete al individuo forzosamente á la comunidad, en tanto que el comunismo tiene el peligro de sofocar las expansiones individuales, ante la uniformidad común, dados sus antecedentes autoritarios.»

La diferencia entre lo que los colectivistas decían del comunismo y del colectivismo en *Revista Social* y en el Certamen socialista celebrado en Reus el año 85 y lo que dijeron pocos años después en *El Productor* y en *Acracia* es bien diferente. Para aquéllos el colectivismo era, sin disputa, sin duda alguna, el mejor sistema económico, y el comunismo una aberración; para éstos, la diferencia entre el comunismo y el colectivismo es sólo cuestión de nombre y casi se declararían comunistas sino creyeran incompatible la libertad individual en el comunismo. Lo que puede el poder de la razón en hombres que no se casan con los ideales. De momento se recuerda lo que uno ha defendido creyéndolo justo, después este amor propio desaparece y el hombre declara francamente que se había equivocado. De los que escribían *Acracia* y *El Productor* todos son hoy comunistas, y sólo uno no lo ha declarado francamente. Pellicer escribe *La Protesta Humana*, de Buenos Aires, periódico anárquico comunista. Pedro Esteve escribe *El Despertar*, de Paterson, periódico que se subtitula anarquista únicamente, pero cuyas doctrinas son comunistas; comunistas también Fernando Tarrida y Anselmo Lorenzo. En cuanto á Ricardo Mella ya hemos visto que sus últimos argumentos, en favor de la sociedad futura, son netamente comunistas. El mismo José Prat, hijo de la escuela colectivista barcelonesa, es hoy comunista.

Conste que no hacemos resaltar estos detalles más que para demostrar la evolución de la filosofía social en España desde Pi y Margall á nuestros días, y para exhibir ó exponer la flexibilidad de espíritu de los escritores anarquistas españoles, puesto que, habiendo salido casi todos del federalismo, ingresaron después en la «Internacional», más tarde en la «Alianza Democrática Socialista», que fundara Bakunin, para defender con tesón el credo económico de ese gran revolucionario, acabando todos ó casi todos, para

evolucionar hasta el comunismo. Si esta evolución se hubiera realizado en sentido contrario y para justificar un empleo ó el usufructo del poder, podría ser llamada apostasía; evolucionando siempre progresivamente, para no recibir más que el premio de la satisfacción que siente el que obra en conciencia, merece el titulado de sincera y honrada obra del estudio, de la reflexión y del amor por la justicia. Lo que hace falta, ó mejor dicho, lo que el hombre verdaderamente despreocupado y libre debe procurar, es no fanatizarse en ningún ideal; mirar siempre frente por frente el porvenir aun estando convencido de que lo que él piensa es lo más justo y verdadero. Antes los colectivistas no creían compatible la libertad individual con el comunismo; hoy los comunistas no creen compatible la igualdad con el individualismo, juzgando quizá el individualismo moderno, el anárquico, por lo que fué el burgués-autoritario, como los colectivistas juzgaban el comunismo anárquico por lo que fué el tradicional de Marx y sus precursores Fourier y Saint Simon. Esta amplitud de espíritu que reclamamos se logra poniendo sobre todo otro principio, el principio de libertad, y considerando, que siendo la evolución indefinida, ninguno de los actuales pensamientos sociales es el último, ni el más perfecto, ni el más justo.

\*  
\*  
\*

La misma evolución que se operó entre los colectivistas de Cataluña tuvo lugar entre los colectivistas de las otras regiones de España. Publicaron en Madrid los colectivistas de la «Internacional» un periódico titulado *La Solidaridad* que defendía el colectivismo anárquico; después vio la luz *La Emancipación*, que principió siendo colectivista, defensor de la «Internacional», con un Consejo de redacción compuesto de los hoy socialistas Mora, Iglesias y otros, y acabó defendiendo la lucha parlamentaria y la política socialista. Como esto acontecía en una época en que eran perseguidos los verdaderos internacionalistas y revolucionarios, éstos no pudieron impedir públicamente la apostasía á que ha dado origen al partido obrero y publicaron contra la tendencia de *La Emancipación*, *El Condenado*, que aparecía clandestinamente. Más tarde, y cuando se pudieron discutir las ideas y organizarse la Federación Regional á la luz del día, apareció *Revista Social*, acérrimo defensor del colectivismo, como hemos visto, y sin que admitiese la posibilidad de otra solución económica. Muerta *Revista Social* y el que le había dado vida, Serrano Oteiza, los elementos jóvenes que procedían de la «Internacional» unos, y otros de la citada Revista, como Enrique Borrel, Francisco Ruiz y Ernesto Alvarez, fundaron *La Bandera Roja*, colectivista también, y más tarde, en 1890, *La Anarquía*, cuyo colectivismo era ya muy condicional y atenuado.

En su primer número, y en el artículo Programa ó declaración de principios, decía *La Anarquía*:

«Considerando que la actual organización del capital, de la industria y de la propiedad es la causa de toda esclavitud económica, moral é intelectual:

»Considerando que la miseria é ignorancia que aflige á las actuales sociedades nace de una organización económica, en la que los principios de moral y de justicia son de todo punto ignorados, y que semejante estado sólo puede producir la esclavitud del hombre por el hombre:

»Entendemos por anarquía la abolición del actual sistema capitalista y propietario, por otro que, convirtiendo en propiedad común de la sociedad entera la totalidad de la riqueza existente, ponga, por virtud de una liquidación social, á las colectividades productoras en posesión de todo aquel capital industrial y de toda aquella riqueza que directamente hayan de hacer productiva:

»Considerando que el barullo económico industrial que caracteriza los actuales sistemas de producción sólo da por resultado la miseria para los más y el enriquecimiento para unos pocos:

»Considerando que en este desbarajuste la miseria es para el productor y para el honrado, y la miseria para el estúpido y granuja:

»Entendemos por anarquía la substitución del actual sistema productor por otro en que la colectividad productora toda tenga intervención directa en el proceso de la producción y goce del provecho de la misma directa é íntegramente.»

Como se ve, se habla de que la colectividad, no el individuo, goce íntegramente de lo que produzca, y se habla también de que la riqueza se convierta en propiedad común de la sociedad. Esto no es ya colectivismo ó es un colectivismo adulterado que se puede interpretar en sentido comunista. El colectivismo decía: «La riqueza natural, la tierra, el agua, las vías de comunicación, los instrumentos del trabajo, etc., para la colectividad ó comunidad, según como se le llame á una agrupación de personas; pero el trabajo ó el producto del trabajo ha de ser íntegro para el individuo productor.»

Los mismos elementos ó uno de los mismos elementos que publicaron *La Bandera Roja* y *La Anarquía*, Ernesto Alvarez, publicó más tarde, en Madrid mismo, *La Idea Libre*, y después *La Protesta* en otras localidades; ya en estos dos últimos periódicos no se defendía ningún sistema económico con criterio cerrado, y el colectivismo concluyó por desaparecer de las columnas de la prensa anarquista, muerto más que por la viva y enconada controversia á que dió lugar, por la reflexión y por la evolución de las ideas.

FEDERICO URALES.

## LA CARTERA

Un anochecer, después de infructuosa jornada, Juan Andrajos decidió volver á su casa... ¡su casa!... Daba tal nombre á un banco que había escogido en la plaza de Anvers. y sobre el cual dormía hacía más de un mes, teniendo por bóveda el cielo tachonado de brillantes estrellas y por dósel las frondosas ramas de un árbol gigantesco... En el momento que empezamos este relato encontrábase en el boulevard Vaudeville, donde la concurrencia es cada tarde muy numerosa; su poca agilidad en moverse y la desgracia que le perseguía, le habían valido una suerte irrisoria... dos sueldos... y todavía dos sueldos extranjeros que no tenían circulación...

—¡Dar dos sueldos malos á un pobre bujarrón como yo!... ¡Un millonario!... ¡Si eso es tener piedad!...

Parecía que aún veía al caballero aquel... un bello señor, bien ataviado... corbata blanca... pechera deslumbrante... bastón con puño de oro... Y Juan Andrajos levantaba los hombros sin envidia ni odio.

Lo que más le disgustaba era tener que tomar el camino de la plaza de Anvers... Estaba muy lejos ¡y se sentía tan cansado!... pero tenía «su casa» en su banco de allí. Después de todo no se dormía mal y tenía la seguridad de no ser molestado... porque los agentes habían concluido por apiadarse de él y le dejaban dormir...

—¡Diantre!...—dijo—he ahí una mala jornada... desde hace tres semanas no la había tenido igual... Tienen razón los que dicen que este comercio no va bien... y que la culpa es de los ingleses... ¡Consagrados ingleses!

Se puso en marcha sin perder la esperanza de encontrar en su camino á algún caballero caritativo, ó á un borracho generoso que le diera dos sueldos... dos verdaderos sueldos con los cuales podría comprar pan á la mañana siguiente...

—¡Dos sueldos!... dos verdaderos sueldos... esto no es pedir un Perú!...—se decía marchando lentamente... porque además de estar cansado tenía una hernia que le hacía sufrir más que de costumbre.

Hacia como unos quince minutos que andaba desesperanzado ya de encontrar al caballero providencial, cuando percibió bajo sus pies alguna cosa blanda... De momento pensó que podía ser una inmundicia... Luego que podía ser alguna cosa buena para comer... ¿Es tan raro encontrar algo? La casualidad no estima mucho á los pobres, y les reserva muy pocas veces sorpresas afortunadas... No obstante, recordaba que una noche en la calle Blanca había encontrado una pierna de carnero, muy fresca, una magnífica y enorme pierna, caída sin duda del carruaje de un matarife... Pero lo que ahora tenía bajo sus pies no era con seguridad una pierna... debía ser una chuleta...

—¡Voto á!... se dijo—¡es necesario ver qué es esto!

Y se bajó para recoger el objeto que tenía bajo sus pies...

—¡Eh!—añadió después de tocarlo...—esto no es de las cosas que se comen...

La calle estaba desierta... Ningún guardia hacía su ronda... Se aproximó á un mechero de gas para darse cuenta de lo que tenía en la mano...

—¡Pues bien!... á lo que parece... ¡esto es más fuerte!...—murmuró en voz alta.

Era una cartera de tafete negro, con cantos de oro... Andrajos la abrió, examinando el interior... En uno de los compartimentos encontró un fajo de billetes... diez billetes de mil francos atados con un alfiler.

—¡Esto, á lo que parece!...—repetía.

Y, meneando la cabeza, añadió:

—¡Cuando yo pienso que hay personas que tienen carteras como esta en sus bolsillos... y en la cartera diez mil francos!... ¡Si esto es tener piedad!

Registró los otros compartimentos de la cartera... No había nada... Ni una tarjeta... ni una fotografía... ni un papel... ni un indicio por donde se pudiera conocer al propietario de aquella fortuna... que él tenía en la mano...

Y, cerrando la cartera, se dijo:

—¡Pues bien, gracias!... Es preciso que lo lleve al jefe de policía... Esto me aleja de mi camino... y ya estoy muy cansado... En verdad que no soy afortunado esta noche...

La calle estaba por completo desierta... Ningún transeunte pasaba... Ningún guardia hacía su ronda... Juan Andrajos retrocedió para dirigirse á la delegación más próxima.

Le costó bastante trabajo llegar hasta el señor delegado... Su vestimenta andrajosa, la piel descarnada y cenicienta de su cara, hizo que se le tomara por un malhechor. Poco faltó que no se echaran sobre él... y lo llevaran atado al cuerpo de guardia... A fuerza de dulzura y de tranquila insistencia, obtuvo por fin el favor de ser introducido en el despacho del señor delegado de policía.

—Señor delegado, dijo Juan Andrajos saludando, vengo á traerle una cosa que he encontrado, hace pocos momentos, debajo mis pies en la calle...

—¿Y qué es ello, qué es ello?

—Es esto, señor delegado...—contestó el pobrete, teniendo cogida por un extremo con sus óseos dedos la cartera.

—¡Bien... bien! Y, naturalmente... ¿no hay nada en esta cartera?

—Véalo usted, señor delegado...

Al abrir éste la cartera salió el fajo de billetes... los contó... y con los ojos agrandados por la sorpresa exclamó:

—Diga usted que... diga usted que... ¡Hay aquí diez mil francos!... Pero, ¡pardiez... esta es una cantidad enorme... una cantidad... enormel... ¡por vida del...

Juan Andrajos, con mucha calma, dijo:

—¡Cuando pienso que hay personas que tienen diez mil francos en los bolsillos... ¡vamos, no hay piedad!

El delegado no cesó de observar al vagabundo con una expresión especial en los ojos en la que había más asombro que admiración.

—¿Y es usted quien ha encontrado esto?... Pero, diantre... usted es un hombre honrado... un hombre digno... ¡Usted es un héroe!... Hay que decirlo... sí, señor... usted es un héroe.

—¡Oh!, señor delegado.

—Un héroe... Porque... usted habría podido... En fin, mi digno amigo, usted ha sido un héroe... Con esto ha efectuado un acto espléndido... un acto heroico... No encuentro otra palabra... ¿Cómo se llama usted?

—Juan Andrajos... señor delegado.

El delegado levantó los dos brazos al techo ahumado de su despacho, como testigo de tal acción, diciendo:

—¡Y se llama Juan Andrajos!... ¡Esto es admirable!... ¿La profesión de usted?

—¡Pobre de mí!—contestó el mendigo.—¡No tengo ninguna profesión!

—¿Vive usted de sus rentas?

—De la caridad pública, señor delegado... si puedo decir que vivo de ella...

—¡Sí, sí!... Ah, diablo!

Aquí el delegado hizo una mueca y con una voz menos entusiasta dijo:

—¡Es usted un mendigo!

—¡Señor delegado!...

—¡Sí, sí!...

El delegado se había puesto grave... Después de un breve silencio interrogó de nuevo:

—¿El domicilio de usted?

Juan Andrajos contestó con tristeza:

—¿Cómo quiere usted que tenga un domicilio?

—¿Usted no tiene domicilio?

—¡Ay de mí no...

—Pero usted está obligado á tener un domicilio... ¡Obligado por la ley!

—Y por la miseria... estoy obligado á no tenerlo... No tengo trabajo... ni ningún recurso. Y cuando tiendo la mano... se me dan dos sueldos extranjeros... Para colmo... soy viejo y estoy enfermo... Tengo una hernia...

—¡Una hernia!... ¡Una hernia! ¿Usted tiene una hernia?... Pero no tiene domicilio... Usted es un vagabundo... Usted comete el delito de vagabundajel... Un héroe... esto es evidente... ¡Usted es un héroe!... sí... pero es también un vagabundo... No hay leyes para los héroes... en cambio las hay contra los vagabundos... Y yo me veo obligado á aplicar la ley, yo... Eso me apena... me disgusta... porque... lo que usted ha hecho... está muy bien... Pero... ¿qué quiere usted?... ¡La ley es la ley!

Mientras así hablaba hacía saltar con la mano la cartera. Continuó:

—¡Ahí tiene usted esa cartera!... ¡Conformes!... En su lugar y en la situación de usted, no habría habido muchos que procedieran de tal suerte... ¡Convengo en ello!... La acción

de usted es muy meritoria... Es digna de una recompensa... Y esa recompensa... que yo no juzgo inferior á cien sueldos... usted comprenderá indudablemente que quien tiene que dársela—si nosotros le encontramos algún día—es la persona que ha perdido esta cartera y con ella los diez mil francos que contiene!... Pero esto no implica el que usted no tenga un domicilio... y todo consiste en esto, Juan Andrajos. Compréndame usted bien... No existe dentro del Código ni fuera de él un artículo de la ley que obligue á usted á encontrar por la calle carteras llenas de billetes de Banco... Y por el contrario, hay uno que le obliga á tener un domicilio!... ¡Ah!, habría sido mucho mejor para usted encontrar un domicilio que esta cartera!...

—¿Y en este caso?...—interrogó Juan Andrajos.

—En este caso—contestó el delegado—lo que hay que hacer es: Esta noche dormirá usted en el cuerpo de guardia... y mañana le enviaré al Depósito!...

Tocó el timbre... Dos guardias se presentaron... El delegado hizo una señal... Y mientras aquéllos conducían á Juan Andrajos al cuerpo de guardia, éste decía quejumbroso:

—¡Vaya! ¡vaya!... ¡La verdad es que con los diez mil francos habría podido encontrar un domicilio!...

OCTAVIO MIRBEAU.

## El trabajo de excitación latente.

*El gato acechando al ratón.—Cómo se ponen «de muestra» los animales.—Trabajo nervioso que exige este acto.—Identidad de ciertas fases de los ejercicios corporales con ese fenómeno.—Un asalto de esgrima.—Análisis fisiológico del «golpe recto».—Importancia del tiempo en esgrima.—Los tiradores que tienen «salida».—La oportunidad del golpe.—La excitación latente del músculo y la disminución del «tiempo perdido».—Explicación sacada del descubrimiento de Helmholtz.—Función del cerebro en la esgrima.—Cómo denuncia el tirador sus intenciones.—Un consejo de Bezancourt.*

*Efectos del trabajo de excitación latente.—Fatiga nerviosa y fatiga intelectual.—Fatiga nerviosa; sus efectos sobre la nutrición.—Por qué los gatos no se ponen obesos.*

¿Habéis observado á un gato dormido, que se despierta de repente por el ruido que hace un ratón?—Se hiergue y tiende la oreja. Se pone «de muestra»; ningún músculo se extremece. En su absoluta inmovilidad parece todavía dormido; pero sus bigotes erizados y su mirada brillante revelan que una vida más intensa anima su cuerpo, en apariencia inerte; todos sus miembros están tensos como resortes, y sus músculos, galvanizados por una fuerte excitación nerviosa, no esperan más que un último impulso para entrar violentamente en juego.

Así, cuando aparece el ratón, su captura es instantánea; con la rapidez del rayo, el gato salta y lanza su zarpada mortífera.

Para lograr este paso repentino de la inmovilidad á la acción, el gato había preparado sus músculos, distribuyendo á cada uno una provisión de influjo nervioso, manteniéndolos, por decirlo así, despiertos, en un estado intermedio entre el reposo y la acción.—Se llama en fisiología *excitación latente* esa preparación que debe sufrir el músculo para estar apto para obedecer instantáneamente la orden de la voluntad.

La excitación latente de los músculos es un gasto de fuerza que escapa á toda eva-

luación mecánica, porque no se traduce al exterior por un trabajo en *kilogramos*; pero es un acto fisiológico que no pasa inadvertido para el sistema nervioso, y que hay que tener en cuenta en el análisis de un ejercicio corporal.—En el gato que acecha al ratón la fatiga de la caza no consiste en el salto que da para capturar su presa, sino más bien en la tensión nerviosa que lo precede.

Una multitud de animales cazadores nos dan, como el gato, ocasión para estudiar ese acto tan interesante de «la muestra». En el perro de caza la educación y la herencia han hecho desaparecer la segunda parte del acto, la que constituye su natural objeto. El *pointer* de raza no «fuerza» jamás la muestra y no salta sobre la liebre; pero sus músculos no escapan á esa excitación latente, que al principio tiene por objeto ponerles más en aptitud para obrar y que, en la caza con escopeta, tiene por efecto crear una actitud particular, que indica al cazador la presencia de la caza.

Muchos ejercicios, entre los más usuales, necesitan una preparación preliminar de los movimientos que recuerda admirablemente el fenómeno de «la muestra»; los ejercicios en los cuales la velocidad toma el carácter de *instantaneidad*. Cuantas veces los músculos tienen que pasar instantáneamente de la inmovilidad á la acción, y esto en el momento preciso en que el espíritu concibe la oportunidad del movimiento, es preciso que un trabajo nervioso muy intenso preceda al acto muscular; es preciso que el cerebro haga sufrir al músculo una preparación, sin la cual el órgano del movimiento no sería apto para obedecer, *sin pérdida de tiempo*.

Este punto necesita, para ser puesto en claro, un análisis bastante sutil, que no es posible presentar sin apoyarse en un ejemplo.

En una sala de armas dos tiradores, que hacen un asalto, pasan á veces minutos enteros observándose, espíandose sin hacer movimiento alguno. De pronto, á esta inmovilidad sucede un impulso de extraordinaria rapidez; uno de los tiradores ha visto *un claro*, es decir, un espacio de algunos milímetros que el otro deja al descubierto por un cambio imperceptible de la mano, y la hoja, lanzada á toda velocidad en el momento mismo en que el adversario se descubría, llega á tocar el pecho.—Este es uno de los botonazos más apreciados en la esgrima, y los que lo ejecutan con éxito se reputa que tienen la *oportunidad* en el ataque.

¿Qué sucede en este instante tan corto que exige la ejecución de un golpe recto? El tirador se ha descubierto, su adversario juzga que puede tocarle; en el mismo instante los músculos se tienden y el arma alcanza su meta.

Nada más fácil en apariencia que este movimiento, que consiste en tender el brazo en línea recta, mientras que las corvas lanzan vivamente el cuerpo hacia adelante en la dirección del botonazo que hay que dar. Sin embargo, este botonazo tan sencillo, que no exige ni fintas sabias, ni finura de digitación, y que consiste solamente en lanzar el arma recta hacia adelante, es uno de los ataques más difíciles de la esgrima. Semejante al gato que acecha al ratón, el tirador que observa á su adversario debe elegir, para atacar, el instante preciso en que se presenta la ocasión, so pena de perder la oportunidad del golpe. Es preciso haber tirado á las armas para comprender el valor de una fracción infinitesimal de segundo, cuando se quiere aprovechar, para dar un botonazo, el momento en que el enemigo se descubre; la concepción del botonazo y su ejecución deben confundirse, por decirlo así, en la duración de un relámpago.

Se llama movimiento de *escape* la tensión súbita de las corvas que lanza hacia adelante el cuerpo del tirador y el impulso brusco del brazo que lanza la hoja hacia su blanco. Ahora bien; el escape no puede obtenerse sino al precio de una obediencia casi ins-

tantánea de los músculos á la voluntad. Hay una palabra en esgrima para caracterizar la aptitud de un tirador para pasar instantáneamente, en el momento deseado, de la inmovilidad absoluta al movimiento más rápido; se dice que tiene *salida*. Los tiradores que no tienen salida, pueden conocer un buen golpe y reconocer el instante preciso en que debería lanzarse; pero la pierna y el brazo no obedecen con bastante viveza. Puede haberse concebido á tiempo el golpe, pero se ejecuta demasiado tarde. Es que la «salida» de los músculos y la instantaneidad del movimiento exigen un trabajo nervioso considerable, del cual ciertos hechos de la fisiología nos permiten dar una explicación.

El músculo no obedece jamás *instantáneamente* á la voluntad que le ordena el movimiento. Este es un hecho puesto en claro por Helmholtz en 1850. Este fisiólogo ha demostrado que, excitando por medio de la electricidad un punto dado de los nervios motores, se observa un intervalo apreciable entre el instante de la excitación y el de la contracción. Este *retardo* del músculo es debido en parte al tiempo que emplea la excitación eléctrica en caminar á través del nervio; pero teniendo en cuenta la duración de ese trayecto, que se ha podido medir exactamente, se encuentra que queda una fracción de tiempo apreciable, durante la cual el músculo, ya tocado por la excitación eléctrica, no ha entrado aún en contracción. Helmholtz ha dado el nombre de *tiempo perdido* á ese período de silencio, durante el cual el órgano motor, oído ya el llamamiento de la voluntad, aún no ha respondido por un movimiento.

Ahora, la duración del *tiempo perdido* puede variar por diversas circunstancias, y hacerse más lenta ó más pronta la obediencia del músculo a la excitación recibida. La condición más eficaz para abreviar el tiempo perdido es la violencia con que se excita la fibra muscular.

Supongamos el órgano motor excitado por un agente eléctrico. Siendo el tiempo empleado de dos centésimas de segundo con una corriente de intensidad conocida, su duración quedará reducida á una centésima de segundo si se duplica la intensidad de la corriente.

Si el excitante del músculo es la voluntad, esta misma ley será aplicable á la duración de la excitación latente, y el tiempo perdido será tanto más corto, cuanto más fuerte sea la excitación en que se traduzca el mandato voluntario, es decir, cuanto más violenta sea la conmoción de las células cerebrales y de las fibras nerviosas. El esfuerzo de voluntad deberá ser, pues, tanto más intenso, cuanto más repentino haya de ser el movimiento que se quiere provocar, cualquiera que sea, por lo demás, la velocidad de ese movimiento y la intensidad del esfuerzo muscular que la determina.

Pero penetremos más en el estudio de este curioso fenómeno del «tiempo perdido». El músculo en reposo puede compararse á un servidor dormido que debe, antes de responder á las órdenes del amo, salir de su adormecimiento. Hemos visto que una excitación demasiado débil le deja inerte aún, adormecido, si puede decirse así. Por el contrario, un choque violento le despierta del primer golpe y provoca de su parte una obediencia rápida. La misma diligencia para ejecutar la orden dada podrá obtenerse si se empieza por despertarle mediante una llamada previa; estará entonces pronto para obrar al menor llamamiento.

Ahora bien; los experimentos de laboratorio nos demuestran que, haciendo sufrir á un músculo una serie de excitaciones eléctricas muy ligeras, se puede producir en él un estado particular que no es aún la acción, pero que tampoco es el reposo, y que le dispone para entrar en contracción, *sin pérdida de tiempo*, á la primera excitación enérgica que recibiera.

Se llama *excitación latente* á este estado del músculo que ha llegado á ser así más excitable, más apto para obedecer, y semejante al servidor bien despierto y atento, que no necesita más que una indicación del amo para cumplir sus órdenes.

En un tirador que acecha el momento del ataque, todos los miembros se hallan bajo el influjo de este estado fisiológico, que, no siendo el reposo, no es tampoco el movimiento. Pero esta especie de inmovilidad activa no puede obtenerse sino á precio de un trabajo nervioso sostenido, de una excitación constante, que emana de la substancia gris del cerebro.

Mientras el tirador en acecho presenta todo el aspecto de un reposo completo, su cerebro y sus nervios están bajo el influjo de una tensión excesiva. Parecido á una botella de Leyde que se carga, sus músculos hacen, en cierto modo, provisión de influjo nervioso, á fin de que en momento oportuno la voluntad pueda determinar allí súbitamente la explosión del movimiento.

Tal es el gasto nervioso que cuesta á un tirador un simple golpe recto hecho á propósito.

Este gasto adquiere á veces proporciones más grandes aún, en ciertos momentos de la esgrima, donde se debe ejecutar, no sólo un movimiento sencillo y elemental, tal como la extensión del brazo en línea recta, sino una serie de actos musculares combinados, tales como una parada compuesta, seguida de una réplica. En este caso es preciso que, en un momento dado, se sucedan rápidamente muchos movimientos complejos y se confundan en un solo acto muscular tan preciso como rápido. La ejecución de una frase de esgrima toma desde luego el carácter marcado de una operación intelectual.

Después de haber «batido el hierro» del adversario, cuando se cree haber adivinado su juego, ocurre con frecuencia que se le invita á un ataque con la intención de responderle por una cierta estocada en la que se es maestro. Se finge un descuido, se descubre, y si el enemigo, demasiado confiado, ataca en la línea que se le ofrece, una parada rápida desvía su arma y la estocada llega inevitablemente. Se está apto: se tienen *en la mano* la parada y la réplica. El movimiento estaba coordinado con anticipación, y una serie de contracciones musculares, con frecuencia muy complicadas, se han sucedido en su orden perfecto con una precisión irreprochable y una velocidad fulminante.

Este trabajo de *coordinación previa* exige un gran gasto de fuerza nerviosa. Cualquiera que haya manejado un florete recuerda fácilmente qué excesiva es la tensión del sistema nervioso en el hombre que espera la ocasión de dar una estocada prevista hacia tiempo. Es preciso, para darse cuenta de ello, haber sufrido este esfuerzo interior que pone á los músculos bajo el peso de una excitación constante, bastante fuerte para hacerlos obedecer, bastante débil para ponerlos en acción antes de que el momento haya llegado.

¡Y este instante, que no hay que dejar escapar, no dura más que una fracción de segundo!

¿No es un trabajo de «cabeza» el que retiene hasta el momento oportuno, en el espíritu del tirador, la idea del movimiento complicado que quiere hacer y hace visibles para su imaginación las líneas que va de pronto á describir su espada?

Entre el momento en que ha coordinado su parada y su estocada y aquel en que encuentra la ocasión de ejecutar una y otra, se han hecho muchos movimientos, se han ensayado muchas fintas con el fin de atraer al adversario al lazo; pero en medio de estos movimientos, á los cuales debe conceder una atención sostenida, ha guardado su parada *en la mano* esperando ocasión favorable.

Un hombre que quiere colocar una palabra de efecto, espera el momento oportuno,

sigue la conversación, la dirige, y hablando siempre no cesa de tener en los labios la frase que quiere lanzar.

Pero la réplica más espiritual hace fiasco, fuera del momento oportuno; del mismo modo, la estocada más acertada no puede tener éxito si no se ejecuta en momento oportuno. Si la atención del tirador llega á relajarse un solo momento y los músculos que deben dar el golpe cesan durante una fracción de segundo de estar sometidos á la excitación latente salida del cerebro, el tirador en seguida deja de tener «en la mano» su parada. Y si en este momento se presenta la ocasión de dar la estocada preparada, se encuentra que los músculos han perdido su aptitud de obedecer instantáneamente á la orden de la voluntad; el movimiento no tiene la oportunidad y la ligereza que debían asegurarle el éxito.

Sólo á costa de un esfuerzo de los más fatigosos puede un tirador tener así sus músculos despiertos, prontos á entrar en acción, luchando contra su mano para impedir obrar antes del momento deseado.

El barón de Bazancourt indica un medio de adivinar la parada predilecta del adversario, *la que tiene en la mano*. Aconseja que se simule un ataque muy vivo, alargando bruscamente el brazo y lanzando impetuosamente el cuerpo hacia delante, pero no tendiéndose más que á medias, de tal suerte que no se exponga á recibir la estocada. Este «falso ataque» tiene por resultado provocar la manifestación instintiva del movimiento que el adversario había preparado. Los músculos del brazo que, desde hacía muchos minutos, estaban bajo el peso de un trabajo intenso de *coordinación latente* entran en juego, preparados por un movimiento involuntario para separar la punta del adversario, aun cuando no les hubiera de tocar. La hoja describe en el vacío una evolución rápida, que deja ver cuál es la parada que el tirador pensaba emplear.

El movimiento complicado que se produce así involuntariamente estaba preparado en los músculos del brazo, como la frase que debe lanzar un actor nuevo está estereotipada en su cerebro, siempre pronta á salir de sus labios. Lo mismo que el tirador demasiado impresionable deja escapar á pesar suyo el simulacro de una parada largo tiempo premeditada, así el actor emocionado no siempre espera el final de la tirada á que debe responder para lanzar la respuesta que le obsesiona.

El trabajo de coordinación latente que hemos tratado de analizar, se halla en todos los ejercicios que implican una lucha, como el florete, el bastón, el pugilato, etc.; y para formarse una idea exacta del gasto de fuerza que necesitan los ejercicios en que hay lucha, no hay que pensar sólo en la energía de los movimientos musculares; hay que tener en cuenta también el gasto de influjo nervioso.

Al lado de la fuerza muscular utilizada en producir un movimiento, hay que inscribir también la fuerza nerviosa, gastada en aproximar el momento en que este movimiento es deseado al instante en que es efectuado; al lado de la *excitación motriz*, que se traduce hacia fuera por una contracción muscular, es preciso notar la *excitación latente*, que deja al músculo en un estado de reposo aparente, pero que le prepara para responder más momentáneamente á la llamada de la voluntad.

Si quisiéramos expresar esta conclusión bajo una forma menos científica, pero más marcada, diríamos que estos ejercicios se ejecutan, más que con los músculos, con los nervios.

De ahí resultan los efectos tan particulares de estos ejercicios sobre el sistema nervioso.

Todo el mundo ha podido notar que, después de un asalto de armas serio, la fatiga

que se siente es desproporcionada con el trabajo muscular efectuado. Los tiradores que buscan «la oportunidad» no hacen movimientos violentos, su juego es sobrio: más bien observan que actúan. Y, sin embargo, se fatiga mucho más en su inmovilidad atenta que esos tiradores novicios á quienes se ve gesticular y tenderse, ejecutando toda clase de evoluciones fantásticas.

Es que, en esgrima, el gasto de fuerza consiste más en la preparación que en la ejecución de los actos musculares.

La esgrima es, además, el tipo de ejercicios que fatigan más á los nervios que á los músculos.

Si los principiantes tienen desde sus primeras sesiones una sensación de dolor general en todos sus miembros, es porque las agujetas son inevitables después de todo ejercicio nuevo. Pero el habituado á las salas de armas no experimenta ya, al volver á vestirse, este desquiciamiento de todos los músculos que dejan todos los ejercicios de fuerza. En cambio no puede librarse después de un ataque serio, de una especie de agotamiento momentáneo, de postración característica, que puede llamarse *fatiga nerviosa*.

La sensación de fatiga nerviosa es bien distinta de la que se nota después de los grandes trabajos que exigen un gasto de fuerza material, y después de los ejercicios que hacen trabajar los músculos más que los nervios. Esta sensación, que no se olvida cuando uno la ha experimentado, es difícil de describir, como todas las variantes de la sensibilidad. Si se trata de dar idea de ella, comparándola con una sensación conocida, puede decirse que es parecida al agotamiento que sigue en el orden moral á todo esfuerzo sostenido por la voluntad cuando, por ejemplo, se ha luchado mucho tiempo para rechazar la presión de una voluntad extraña, ó bien cuando se ha tenido el espíritu enérgicamente entregado á la solución de un problema difícil.

La fatiga nerviosa presenta variantes según las circunstancias y los temperamentos. Se caracteriza generalmente por una especie de postración y de anonadamiento momentáneo, pero puede traducirse también por una sobre-excitación pasajera, como la que se observa en ciertas personas demasiado débiles, y que llaman los médicos *estado de debilidad irritable*.

Esta forma tan particular de la fatiga, subsiguiente á los ejercicios que necesitan mucho trabajo nervioso, es debida al desquiciamiento sufrido por las células nerviosas que presiden la movilidad voluntaria, como la fatiga intelectual es debida al acrecentamiento de actividad de las células que entran en juego durante el trabajo del espíritu.

Ahora bien; estos dos órdenes de células están colocados en la substancia gris del cerebro. Es, pues, el cerebro, en realidad, el que soporta la fatiga de los ejercicios que necesitan un gasto de influjo nervioso.

Por esta razón no convendrá la esgrima á los hombres de estudio, ni tampoco á los niños, cuyo cerebro trabaje con exceso, y es el último ejercicio que se debe aconsejar á los temperamentos demasiado excitables, á menos de que se trate de dar alimento á cerebros desocupados, ó á espíritus inquietos, cuya actividad se vuelve contra sí propia por falta de ocupación. En este caso, la esgrima puede devenir un precioso remedio, absorbiendo, como podría hacerlo un trabajo del espíritu, el aumento de fuerza nerviosa que atormentaba el espíritu inactivo.

La esgrima, lo mismo que todos los ejercicios que conmueven el sistema nervioso, conviene admirablemente á todas las personas que quieren adelgazar. El sistema nervioso tiene entre sus funciones principales la de regular la nutrición; así se ve que toda fatiga soportada por los nervios, toda pérdida excesiva de fuerza nerviosa, llega á una

disminución de la energía del movimiento nutritivo y favorece el de *desnutrición*, ó, en otros términos, el adelgazamiento.

Las sacudidas de orden moral, las preocupaciones continuas, por la pérdida de influxo nervioso que ocasionan, dificultan las funciones de nutrición y hacen adelgazar. Por un mecanismo idéntico se produce un resultado igual, á consecuencia de los ejercicios que necesitan un gran gasto de fuerza nerviosa. Es curioso observar que los animales cuyo género de vida necesita movimientos parecidos á los de la esgrima, tengan el privilegio de escapar de la obesidad.

¿Os habéis preguntado alguna vez cómo el gato puede unir á su pereza proverbial una agilidad tan grande? La inacción muscular acarrea en todas las especies animales, lo mismo que en la humana, la tendencia á la obesidad y la pesadez en el paso; el perro que no caza, el caballo que permanece en la cuadra, son invadidos por la grasa y devienen menos aptos para el servicio. Los animales salvajes mismos si se los tiene enjaulados, ó si están sometidos de cualquier otro modo al reposo forzado de la vida doméstica, pierden muy pronto su conformación esbelta y la ligereza de sus movimientos.

¿Por qué el gato escapa de la ley general, y por qué, á pesar de la inmovilidad á que se le ve con frecuencia entregado, llega á la obesidad más rara vez que el perro ó el caballo? Es que su inmovilidad no es su inacción, y sus nervios trabajan mientras sus músculos parecen estar en reposo. Parecido al tirador que espera el momento del ataque, el gato está constantemente preparado para dar el salto. En todo momento está acechando, ya un ratón, ya una mosca, ya el asado. Un gato de salón no da más que tres ó cuatro saltos al día; pero cada uno va precedido de una ó dos horas de trabajo *latente*. Cuando se cree que el animal está en un sueño beatífico, medita una captura, calcula la distancia y prepara sus músculos á todo evento. Así jamás se le coge desprevenido. Si un pajarillo se escapa de la jaula, tres segundos después lo caza y se lo come. El gato lo acechaba hacía ocho días; cuando parecía dormir estaba espiándolo.

(Traducido por Ricardo Rubio.)

FERNANDO LAGRANGE.

## CRÓNICA CIENTÍFICA

*Las curas de luz en el hospital de los gatos.—Influencia de la luz sobre los animales.—  
La rabia y la religión.— La sugestión y los milagros.*

Todo el mundo sabe, y nadie se extraña tratándose de ingleses, que existe en Londres un hospital para los gatos, que obtiene pingües beneficios, y donde los michos de las familias aristocráticas del Reino Unido son cuidados, en caso de enfermedad, con todos los refinamientos del más exquisito cuidado. No pueden decir otro tanto los hombres y mujeres que han de acudir á la asistencia pública inglesa, y que constituyen el pauperismo más infeliz y miserable de Europa y tal vez del mundo.

En vista de los soberbios resultados obtenidos en estos últimos tiempos por las curas de luz, los directores de aquel establecimiento felino han resuelto adaptar ese moderno procedimiento á la curación de ciertas enfermedades frecuentes en aquellos simpáticos animalillos.

La influencia de la luz en los animales es ya conocida hace tiempo; en 1858, Béclard

presentó sobre ese tema una Memoria á la Academia de París, con las siguientes conclusiones:

«La nutrición y el desarrollo de los animales que no tienen pulmón ni bronquios y que respiran por la piel, experimentan, bajo la influencia de los diversos rayos coloreados del espectro, modificaciones muy notables.

»Los huevos de mosca, tomados de un mismo grupo y colocados al mismo tiempo bajo campanas de cristal de diversos colores, producen todos gusanos; pero si se les compara al cabo de cuatro ó cinco días se observa que su desarrollo es muy diferente, sobre todo los sometidos al rayo verde, que resultan mucho menos desarrollados que los otros, pudiéndose agrupar los diversos rayos coloreados con respecto al desarrollo decreciente de los gusanos: violeta, azul, rojo, amarillo, blanco, verde.

»Entre los gusanos desarrollados en el rayo violeta y los en el verde, hay una diferencia de más del triple respecto de la longitud y del grueso.»

Este primer resultado condujo á Béclard á examinar la función que mejor expresara la cantidad de metamorfosis orgánicas. Trátase de la respiración, cuyos productos pueden ser fácilmente recogidos y dosados.

Una larga serie de experimentos en las aves demostró que la cantidad de ácido carbónico formada por la respiración en un tiempo dado, no se modificaba sensiblemente por las diversas campanas coloreadas bajo las cuales se les había colocado. El mismo resultado se obtuvo con pequeños mamíferos, los ratones; pero no hay que olvidar que los mamíferos tienen la piel cubierta de pelos, y que la luz no toca á su superficie, y por lo mismo los cambios gaseosos que se verifican en la superficie del cuerpo de esos animales son casi nulos.

Quando se examina la influencia de los diversos rayos coloreados del espectro sobre las ranas, que tienen la piel desnuda, y cuya respiración cutánea es enérgica, se pueden observar hechos notables; por ejemplo: en el rayo verde, determinado peso de ranas en el mismo tiempo produce una cantidad de ácido carbónico más considerable que en el rayo rojo.

La piel del animal tiene influencia determinante sobre los resultados precedentes, como lo demuestra este hecho: hemos dicho que el exceso de ácido carbónico está en favor de las ranas colocadas bajo una campana verde con relación á las colocadas bajo otra roja; pues si se despoja de la piel á las ranas y se las coloca en las mismas condiciones, el resultado cambia por completo, la cantidad de ácido carbónico producido será más considerable en el rayo rojo que en el verde.

Como se ve, no puede ser más evidente la prueba de los resultados fisiológicos de la influencia de los rayos de diversos colores sobre la piel del animal.

La influencia de los rayos coloreados del espectro sobre las proporciones de ácido carbónico exhalado, en un tiempo fijo, por un animal vivo, se continúa durante algún tiempo sobre el animal muerto, y cesa en cuanto comienza la putrefacción; es decir, después de la desaparición de la rigidez cadavérica, suministra siempre en igualdad de peso la misma proporción de ácido carbónico cuando se colocan simultáneamente fragmentos bajo los diversos rayos coloreados.

Un corto número de experimentos verificados por Béclard sobre la exhalación cutánea del vapor de agua; demostraron que, en la obscuridad, á temperatura y á pesos iguales, las ranas pierden por evaporación una cantidad de agua la mitad menor que á la luz blanca. En el rayo violeta, la cantidad de vapor de agua perdida por el animal, en un tiempo dado, es sensiblemente la misma que á la luz blanca.

Los animales, sin exceptuar el hombre, como los vegetales, crecen y se modifican bajo la acción de los rayos luminosos. La aplicación de este principio á la cura de los gatos es, pues, indudablemente lógica; lo chocante en este caso es que una conquista científica que debiera convertirse en un beneficio humano, como lo será en la sociedad futura que ha de fundarse sobre las ruinas del autoritarismo y del capitalismo, se reduce,—por una extravagancia del privilegio, semejante al sadismo ó á la sodomía en que por hastío del placer natural incurren los ricos viciosos,—á un beneficio aristocrático-gatuno.

\* \*

Una revista católica belga, órgano de la Universidad de Lovaina, ha publicado, bajo la firma del profesor Daudois, el análisis de un artículo sobre la rabia, escrito por un médico francés, en el que cita el número espantoso de los casos de rabia tratados en el Instituto Pasteur, donde, en el espacio de quince años, se han presentado cerca de 25.000 personas mordidas á someterse á la inoculación; de ese número se han comprobado 107 defunciones, menos de 1/2 por 100, y consta, además, que el número de personas mordidas por perros representa el 94 por 100 del número total, lo que permite deducir que el perro es el factor casi exclusivo de la propagación de la rabia.

Como se ve, la simpatía generalmente sentida hacia los canes es causa de la existencia de la rabia, siendo de notar que en Suecia, Baviera y Holanda, donde se han tomado contra ellos las medidas más severas, los casos de rabia son excepcionales.

En resumen, M. Daudois, aunque profesor de una universidad católica, aconseja á toda persona mordida por un perro sospechoso de rabia, que se dirija lo más pronto posible al Instituto Pasteur más inmediato, y se abstiene de aconsejar la devoción á San Huberto, patrón de los rabiosos, fetiche que goza de gran crédito entre los idólatras cristianos de aquel país, cuyo principal milagro consiste en enriquecer á los curas que explotan el negocio místico-curativo.

\* \*

De la misma opinión que su correligionario Daudois, debe de ser el cardenal Vaughan, que acaba de organizar una peregrinación de 200 enfermos ingleses á Lourdes, que él en persona debía presidir, pero que á última hora ha delegado para que le reemplace al obispo de Southwark, á causa de que una enfermedad le obliga á tomar las aguas de un balneario belga. Ese príncipe de la Iglesia no anda con tapujos religiosos: á los creyentes de tercera, que los cure la credulidad en el fetiche pirenaico; para él, para obtener su propia curación, la ciencia. Porque, lo que pensará su ilustrísima: ¡El que sea tonto que reviente! Sin duda no se hallaba en disposición de atestiguar esta sentencia del ilustre Charcot: «la fe hace los milagros.»

He aquí una nueva prueba, entre muchas, ocurrida recientemente: Un comerciante de Berlín, que padecía fuertes neuralgias, tenía la cos'umbre de calmar sus dolores durante la noche pasando sobre su mejilla un pincel mojado en tintura de láudano. Una noche, hace poco, le despertaron dolores vivísimos, y rutinariamente, sin encender la bujía, recurrió á su medicamento habitual, y después, perfectamente aliviado, se durmió con toda tranquilidad. Al amanecer se encontró con un carrillo negro, ¡claro! á obscuras mojó el pincel en una botella de tinta que por descuido quedó sobre la mesa de noche en vez de la de láudano. La sugestión le había aliviado. La botella de tinta había desempeñado el mismo papel que en la comedia mística representan á veces las botellas de aguas milagrosas; tanto si son de Lourdes como si son del Jordán.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

## ANTE EL TRIBUNAL SUPREMO



—*Juz Supremo*: San Alfonso, se le acusa á usted de haber dado un pellizco á Santa Teresa; ¿qué dice el acusado en su defensa?

—*San Alfonso*: Que si cuando le dí el primer pellizco, estando solos, me hubiera amonestado, no hubiera ocurrido lo que hoy lamentamos.

(De *L'Asino*, de Roma.)

## EN PATERSON

En la orilla derecha del Hudson, después de atravesar Jersey-City, un ferrocarril eléctrico se lanza sobre el estrecho camino que une de parte á parte la gran extensión de los pantanos, en dirección á Paterson,—Paterson, que los periódicos del globo han señalado muchas veces como la «Capital de la Anarquía», donde los evadidos del viejo mundo van á concertar sus complots, á afilar sus puñales, á masticar balas de plomo para trabajar en contra de la tranquilidad de los reyes.

Los atentados y los complots, todos los actos de rebeldía están preparados allí.

En Paterson se confeccionan los regicidios como en Pithiviers los pasteles.

Los periódicos de Europa y América mejor informados han coronado con esa leyenda la pequeña ciudad industrial, porque Cayetano Bresci, antes de disparar su revólver al rey de Italia, había trabajado algunos meses en una fábrica de Paterson; y porque cuando el paso por América de muchos desterrados, entre ellos Kropotkin y Malatesta, fueron á estrecharles la mano algunos expatriados.

Aquello lo que es, es un centro de emigración.

Italianos, belgas, franceses, tejedores de seda más que de sudarios, trabajadores del hierro y del acero—zócalos de arado y no de puñales,—obrerros hábiles que han encontrado en las fábricas modernas de la ciudad salarios menos irrisorios que los de nuestro continente, y que allí se han domiciliado.

No porque la ciudad de casas de madera sea atractiva por el ruido simpático de la maquinaria de las fábricas que esconden, tras la verdura trepadora de las viñas vírgenes y de las yedras, la tristeza melancólica de los talleres, cárceles como en todas partes, sí o porque allí á lo menos se tiene el pan cotidiano asegurado y la carne también.

Y algunas horas para su recreo.

Aquellos que en nuestras ciudades de Europa habían sufrido y visto sufrir, tranquilizados ya emplean las horas de descanso en instruir y atraer á los camaradas menos informados. La comodidad relativa no les ha conducido de ninguna manera á la indiferencia de su propia suerte y á la de los demás.

¡He ahí lo que tienen de sospechosos!

Existen muchos grupos de estudios sociales. Un periódico francés: *Germinal*. Uno español: *El Despertar*. Y Bresci, que dió el golpe á Humberto, cada semana daba su óbolo á beneficio de la *Questione Sociale*.

¿Se sabía acaso que mataría á un rey?

\* \* \*

El oficio de tejedor en Paterson era en aquel entonces menos precario que hoy en que las frecuentes huelgas indican el progreso de las exigencias patronales. Bresci, que había podido aborrar algunos centenares de francos, aprovechando las facilidades de transporte con motivo de la Exposición de París, determinó visitar la gran feria y al propio tiempo dar una vuelta á su país natal... Conservaba en Paterson no solamente objetos, cartas, cosas que no se dejan cuando uno se prepara á morir, sino que dejaba á su hijita y á su mujer, á quienes amaba mucho y que él abrazó sin decirles adiós.

Los camaradas que le vieron partir, no dudando de que regresaría á su lado, muchos le encargaron comisiones pueriles.

No cargaron ellos su revólver.

¡Su revólver! Con seguridad debían creer que no lo poseía, ó al menos si tenía uno, como casi todo el mundo en América, nadie podía soñar que muy pronto haría salir de él las balas. Era un joven de un natural muy tímido, de conversación moderada y pa labra sencilla, servicial y afable. Nervioso quizá, pues se le notaba una ligera contracción en los músculos de la cara...

\* \* \*

Misterio, conjuración, juramentos, puñales en la sombra, echar suertes, y el hombre que se va por los caminos á cumplir su obra de sangre.

La tradición fácil de continuar en los folletones permite acomodar los hechos á todos los guisos históricos. Esto es más fácil y no hay necesidad de pensar.

Dejad que corra.

Los psicólogos ergotistas no se cuidan de otra cosa que de repetirse, y cuentan al público que los sectarios tienen asambleas para jugarse las cabezas de los monarcas.

La realidad es más sencilla.

Pero es más grave. No es el fanatismo ni las ambiciones de un partido lo que combinan la muerte de cualquier príncipe. En otros tiempos los regicidios de Jacobo Clement y de Ravallac, fueron hijos de sordas maquinaciones; hoy es espontáneamente un hombre que desde la multitud se dirige y apunta al rey.

Hay allí un estado de espíritu.

Un estado de energía. Personas de natural muy suave llegan hasta la acción cuando los remolinos de la tempestad que rugen en las entrañas de la masa los coloca casualmente en presencia del personaje de gala que representa la realeza. ¿Es esto la herencia indivisible del pensamiento dominante que lega la Revolución? Cuando un impulsivo, trastornado por el choque de codos y los vivas del populacho no puede rehuir el torbellino que le arrastra hasta la carroza en que se manifiesta el semidiós, un drama punzante se ventila en su cerebro.

En este momento es mejor que no tenga un arma.

Si la tiene... una existencia paga otra existencia; es un suicidio como otro cualquiera. ¿Qué se propuso?

No se patentiza que se propusiera matar los reyes.

En nuestra época está la provocación que despiertan súbitas réplicas. ¡Jaque al rey al jefe, al ser representativo de todo lo que desde la escuela primaria se nos enseña á odiar y bastante á despreciar. Los más conscientes son los de aquellos países que cuando pasea el emperador, todas las ventanas se cierran y las calles están completamente desiertas.

\* \* \*

¿Vivió también en Paterson el ciudadano americano que suprimió al predecesor de Rossevelt?

Golgoz no había jamás puesto su planta sobre la orilla derecha del Hudson, pues de las márgenes del Michigan se fué á Buffalo, donde se encontraba Mac Kinley. Había podido contentarse con un *shake hand* á su presidente, que representaba la comedia de cordialidad puesta en práctica en los Estados Unidos. El pequeño buhonero miserable habría debido comprender el honor que le hacía el hombre de los *trusts*, de la Hacienda y del «marco de oro» dejándole llegar hasta él. Una sensibilidad inoportuna le impidió gustar el júbilo beatífico de la muchedumbre que desfilaba. Una ironía le flagela. Y, sin larga premeditación, prefiere saldar con su vida el escándalo de una frase discordante puntuada con tres puntos suspensivos.

En todos los periódicos americanos pudimos entonces leer: «¡Que se atente á la vida de los reyes en los países de la vieja Europa, donde los restos de barbarie permiten regímenes anticuados, es hasta natural; pero no entre nosotros, que hay República!»

Y para probar perentoriamente que las Repúblicas actuales se diferencian de los imperios y de las monarquías de antes, los publicistas del Nuevo Mundo pedían que se aplicaran en seguida suplicios apropiados: reclamaban el descuartizamiento.

La innovación republicana es poca.

Los republicanos han traspuesto la monarquía. La hipocresía de las fórmulas estalla al fulgor de las costumbres.

Untar un hombre de petróleo y ponerle fuego después de haberlo sólidamente colgado de un árbol, es un procedimiento que por ejecutarlo diariamente contra los negros en los Estados Unidos, nos da la idea del progreso que han sufrido las hogueras de la Inquisición.

La electrocución misma, muy moderna y científica, en que el verdugo es un ingeniero, guarda un matiz semireligioso; canaliza el fuego del cielo, y lo reúne en rayos fulminantes. Se estimaría esto en tiempos de tempestad, y en el campo. Pero asistiría poco público y se quiere dar un espectáculo al pueblo.

El lynchamiento es más democrático.

En Francia como en los Estados Unidos, en esas repúblicas escogidas, basta gritar: «¡Al ladrón!», para que la gente se lance con el noble fin de apoderarse de un pobre diablo que huye. Si tropieza se le acuchillará.

Por lo regular esta misma gente es la que aclama á toda clase de reyes y de presidentes de república.

\* \*

Y cuando, por casualidad, esa muchedumbre en vez de aclamar, se precipite para asesinar al jefe de Estado, *como en ella es todo moral, todo justicia*, etc.—según nos cuentan ahora cuando quiere lynchar al que aislado hace el hecho,—entonces esto no se llamará un regicidio, se dirá:

—Es una ejecución.

\* \*

He visto á la compañera de Bresci. Esto no fué en Paterson, sino en un arrabal de Jersey City, en Hudson Heights, en la pequeña casa que la solidaridad de los camaradas hizo más que darle asilo. El pabellón, á los lindes del bosque Palisade, no lejos de las fábricas, fué comprado para la viuda; los camaradas que se interesaban por la mujer del condenado le suministraron los medios de proveer ella misma á su existencia, tomando algunos pupilos de entre los obreros de las fábricas de los alrededores.

\* \*

Menos que por revolucionarios, los emigrantes á América son llevados allí por dejarse arrullar por las promesas de la edad de oro. El esfuerzo personal que ellos han hecho, atravesando las calles para irse donde se esté mejor, los predispone á buscar los puntos de vista más claros. Buen número de los hombres de acción que son individualistas sienten un placer inmenso ayudando á la mujer que permanece sola.

Esto es más que palabras. Y es más que lo que hacen los pueblos por los ancianos padres del soldado que ellos envían á morir en campaña.

Los que dan esta lección de tener la mano tan abierta para una obra de fraternidad, no disponen de ningún presupuesto y se arreglan ellos mismos la comida por la noche

Mientras que los gobiernos, los capitalistas que por manadas lanzan los hombres á las hecatombes coloniales, declinan toda responsabilidad hacia la familia de los muertos, puede verse á simples artesanos por la sola hilación de una idea, asumir libremente las cargas dejadas por uno de ellos que ha partido sin que nadie se lo impusiera.

Un revolucionario al morir puede estar menos inquieto por los suyos que el militar patriota, que si es pobre tiene una patria.

\* \* \*

La compañera del regicida es una robusta mujer de treinta años, de frente despejada, de ojos grandes no muy expresivos, y de sonrisa como de asombro. Hija de irlandeses, nacida en América, no conoce el francés y apenas algunas palabras en italiano. Bresci desconocía el inglés ó sabía muy poco. Y, sin insistir en ello, se comprende que si estos dos seres podían entenderse es porque conversaban muy poco.

Dos bebés juegan delante de la puerta: Magdalena tiene el ademán decidido, y Muriel es la pequeña que vino al mundo dos meses después que su padre se marchó de allí...

El drama que se cierne sobre aquella sonrisa y aquella infancia, la actitud casi recogida de los rudos obreros de las fábricas que frecuentan la *boarding house*, todo, hasta la solicitud de los compañeros que el domingo van á abrazar á los pequeños, impresiona y hace pensar.

La policía encuentra que esto es peligroso, y mil vergonzosos enredos se han fraguado contra una pobre mujer que guarda siempre la misma sonrisa de asombro...

\* \* \*

Afortunadamente la autoridad vela. Estaba yo todavía en Paterson cuando fué descubierta el último *complot*.

Esta vez se trataba de suprimir á Víctor Manuel III; el hijo después del padre. El golpe partía de la misma parte; el asesino salía de la misma ciudad, del mismo foco de la conspiración. Tenían, pues, razón aquellos que hablaban de tenebrosos *complots*.

Se hizo la prueba.

Un hombre, que las circunstancias me permiten escribir el nombre, un cierto Inocenti Rafaele organizaba el atentado y reclutaba la gente en Paterson. Aquel hombre, llegado allí desde poco tiempo, tenía propósitos violentos, traía fórmulas de explosivos y desarrollaba un plan de campaña que fué comprendido por los compañeros.

Aquel hombre era un espía.

Inocenti Rafaele, que antes de tenerle por espía se murmuraba de él por hablador había concluido por llevar todos sus cuidados en la cultura intensiva de un compañero que estaba sin trabajo y que, taciturno, lo escuchaba; cuando le creyó maduro para la acción, le precisó los términos. Se iría á Italia, mataría al lobezno; obra de los dos: Rafaele pagaría el viaje, el otro daría el golpe. Entendido. El compañero taciturno había adivinado á su *socio*; y le siguió...

No muy lejos. Pero lo bastante para saber que Inocenti hacía cortas visitas al consulado italiano de New-York. Es curiosa la particularidad de que personas de apariencia la más taciturna sean muchas veces más burladores que los de carácter alegre; el embaucado por Rafaele hizo presente á su cómplice que él no podía decentemente ir á matar á un monarca con un vestido tan poco ceremonioso como el de tejedor; se hizo ofrecer uno completo, un reloj para ver la hora del crimen, y el revólver indispensable. Después de tener todo esto se hicieron los últimos preparativos.

Era una hermosa noche de un sábado en que se debían cerrar las maletas y ultimar

el negocio, noche que no se borrará de la memoria de algunos. Con su completo vestido nuevo, un poco antes del tiempo convenido—quizá el reloj se adelantaba—el hombre reclutado para matar al rey de Italia penetró con paso seguro en la casa aislada donde Rafaele iba á reunirse. El asesino estaba acompañado de una docena de personajes con el semblante poco satisfecho. El *complot* tocaba á su término. Rafaele ganaba la partida.

El hecho es que cuando se presentó el del vestido nuevo, el quidam sufrió una sorpresa muy grande. Sin la menor brutalidad y para enseñar á la policía que se puede operar cortésmente, se registraron los bolsillos del señorito y se le abrió su cartera. Nada de sospechoso se encontró. Los compañeros se vieron obligados á proceder como cualquier juez al interrogatorio del reo; entonces él, preso por el miedo, con voz suplicante dijo:

—No me hagais daño, que os lo diré todo.

Explicó que condenado por robo en Turín, huído á América y encontrándose sin recursos en New-York, había ido al consulado con la intención de entregarse; allí hizo conocimiento con un empleado que le prometió obtener la rebaja de su pena si le suministraba algunas noticias sensacionales sobre los anarquistas de Paterson.

El desgraciado había aceptado.

Después se le dió dinero y consejos; no era él el que había tenido la idea de la cosa. Y mientras pedía perdón, juraba que los anarquistas le habían convertido sin querer por su buen corazón, sus bellas esperanzas; jamás, en el último momento, habría tenido el valor de dejar partir al camarada, cuya filiación había expedido por toda Italia. Temblaba, con faz descolorida; su voz hipeaba en el silencio. En ese lamentable estado cayó de rodillas. La escena había durado lo suficiente, y fué tan enervante que los puños continuaban crispados. Al fin se le levantó. Y rechazándose la opinión de aquellos que querían marcar con letras indelebiles la frente del desgraciado con la palabra *traidor*, se terminó con método, escrupulosamente.

Como se había empezado por el registro, ya en este camino se le hizo escribir y firmar su «deposición», para evitar el engranaje que trae toda combinación de esa clase. Se le fotografió, enviando su retrato á los grupos revolucionarios donde Rafaele pudiera intentar introducirse más adelante.

Los conjurados de Paterson despidieron á aquel espía mucho más decentemente que lo hace la policía con un hombre honrado.

Un revólver más (el del cónsul de Italia) está en circulación. La autoridad no teme jugar con un arma de fuego. Este objeto de curiosidad debe haber pasado de mano en mano, considerado quizá como un puro bibelot.

El revólver histórico, ¿hará algún día hablar de él?

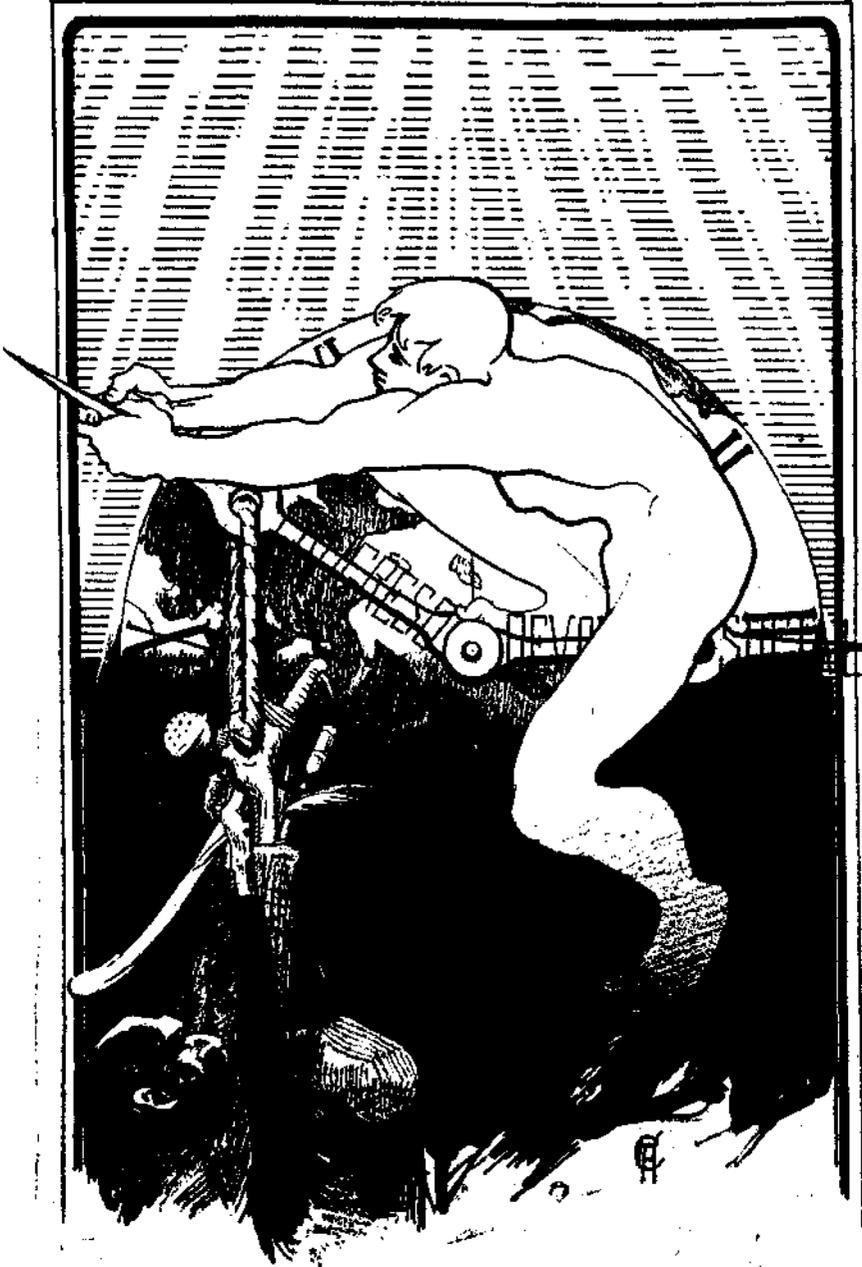
ZO D'AXA.

(De *La Revue Blanche*, de París.)

---

En el próximo número publicaremos un hermoso artículo que el grupo editor de *La Huelga General*, de Barcelona, dirige á sus amigos y lectores. El trabajo del grupo editor de *La Huelga General* es una excelente obra literaria, filosófica y revolucionaria.

LUCHA



## LA IDEALIZACIÓN DEL PROPIETARIO

La civilización burguesa, con sus nuevos procedimientos de explotación y acaparamiento, creando poderosas asociaciones sindicales y grandes empresas anónimas, ha transformado por completo el viejo mecanismo económico-jurídico, impulsor y dominador, hasta hace muy poco tiempo, de la actividad humana en sus múltiples manifestaciones laboriosas de producir, consumir y poseer.

La propiedad va perdiendo poco á poco, con insensible paulatinidad progresiva, su primitivo carácter individualista, para ir tornándose en propiedad social; y el propietario privativo, arrastrado por la impetuosa corriente socializadora que invade vertiginosamente el mundo de los negocios, insensiblemente, sin darse clara cuenta de ello, va perdiendo su antigua condición de *dueño personalísimo y directo de las cosas*, para convertirse en *propietario nominal, en accionista disfrutador tranquilo del mágico dividendo*.

Este nuevo aspecto del *poseer sin poseer*, esta nueva forma de vivir del esfuerzo del trabajo ajeno, sin intervenir—directamente, se entiende—en la explotación de los negocios del trabajo, á nuestro humilde juicio supone un gran avance en el camino de la emancipación económica de la sociedad, porque implica *la idealización del propietario*.

\*  
\*  
\*

No estamos conformes en un todo con la teoría marxista de esperar pacientemente á que la proletarianización de los pequeños propietarios se verifique en su aspecto general, para luego, después de *proletarizado el mundo*, producir la gran revolución social purificadora y emancipadora.

Sabemos, estamos casi ciertos de que si Marx viviera, al estudiar serenamente en sus complicadísimos procesos cronológicos la orientación moderna adaptada por la evolución capitalística, Marx sería el primero en rechazar por errónea su famosa teoría de la *proletarianización absoluta*. Pero esto no obsta para que, al paso que van las cosas, dado el agudo frenesí centralizador en que se desarrolla la vida del capitalismo, podamos afirmar, y afirmamos desde luego—sin que esto suponga, en nuestro modo de discurrir y pensar, contradicción flagrante—, que el loco desenfreno acumulador desplegado por los capitalistas, provocando, como es consiguiente, la *mayor proletarianización posible*, favorece y acelera también el triunfo del socialismo práctico.

Las grandes asociaciones en que tiende á centralizarse la fuerza absorbidora del capitalismo, deslinando los campos y colocando á los combatientes de uno y otro bando en sus verdaderas líneas de combate, aceleran la hora de las justas reivindicaciones sociales, al propio tiempo que idealizan la personalidad del capitalista en su condición de propietario.

Claro está que tales progresos cuestan infinidad de sacrificios y gran número de víctimas á las masas esclavas que pugnan por emanciparse justamente; pero ello es preciso que así suceda. Es indispensable que el Cristo sea sacrificado bárbaramente para que se redima y nos redima á todos.

Las grandes empresas capitalísticas, las sociedades anónimas en Europa y los terribles *trusts* en América, actúan de sacrificadores del pueblo proletario, ignorantes de que, tras el suplicio alevoso del mártir redentor, se halla siempre el santificado laurel de la victoria.

Los accionistas, *propietarios ideales*, seducidos por el afán del *dividendo*, maldito el caso que hacen de las quejas de sus explotados. En su existencia de injusticias, de grandes lucros y de crueles explotaciones, van acumulando combustibles de odios, hasta que al fin brote formidable la vengadora explosión que los aplaste.

Las grandes compañías van derechas al negocio, cegadas por el *balance de los gastos y de los ingresos*; no tienen afecto á nadie, ni siquiera á sus propios fundadores. Ante la conquista del mayor dividendo posible, lo arrollan todo, vidas y derechos, individuos y naciones. Pero en esa fiebre barroca de *acaparar el disfrute del mayor dividendo posible*, esas empresas egoistas, impersonales y anónimas, cuando menos lo esperen, por creerse en el pleno apogeo de su poder y de su preponderancia, se hallarán con el desencanto de que ha llexado la hora de su ruina y de su muerte, ya que hoy día sabemos todos, con P. Leroy Bealieu, *que no hay nada más vergonzoso ni criminal que el bandidaje que se comete á la sombra de la fundación de sociedades por acciones*.

El internacionalismo capitalístico, con sus grandes compañías, sus robustas empresas sindicadas y sus *trusts* formidables, comercia con el hambre de los pueblos acaparando los trigos para alterar, fraudulentamente, *su valor de venta*; pero al mismo tiempo que tal ocurre, la impersonalidad y el cosmopolitismo del capitalismo sindicado pierde en fuerza moral cuanto gana en fuerza material; y esto, evidentemente, no puede dejar de ser altamente beneficioso á los progresos de nuestra regeneración social.

Idealizar la personalidad del capitalista es un progreso que en su día dará los buenos resultados apetecidos.

En corroboración de lo afirmado precedentemente y deseando demostrar la inutilidad social del capitalista como factor de progreso, veamos lo que escribe Julio Guesde:

«No son—dice el eximio socialista francés—los propietarios de las minas, de los ferrocarriles, de los altos hornos, de los grandes almacenes los que ponen en ejercicio ó en producto esos gigantescos medios de producción, de transporte ó de cambio, sino los proletarios, desde el peón á 2 francos por día y el empleado á 100 francos mensuales, hasta el ingeniero y director á 30 y 50.000 francos al año.»

Y si es evidente que los propietarios y los capitalistas, en su calidad de tales, de nada sirven como elemento productor y progresivo, claro está que no puede retardarse por mucho tiempo la eliminación social de capitalistas, contratistas y propietarios, en su calidad de clase privilegiada.

\*  
\*\*

La propiedad de los medios de producción, de circulación y de cambio tiende á impersonalizarse más y más á cada nueva aplicación de la ciencia puesta al servicio del trabajo, apareciendo así de día en día más claramente definida la *idealización* del propietario y del capitalista, y demostrándose, por la fuerza progresiva de los hechos, la evidente inutilidad, como factores activos y progresivos, de los poseedores de la riqueza.

Hasta hace poco tiempo todavía les era lícito á los ricos y á los propietarios aseverar en su defensa que ellos cooperaban en primer término á la producción y reproducción de las cuantiosas riquezas de que se hallaban en posesión legalmente, ya que, mal que bien, dirigían personalmente las empresas de trabajo; pero al presente, con la nueva organización, ni aun ese asidero les queda ya.

Convertidos en *accionistas*, para nada intervienen en los negocios de la producción; *todo se les da hecho y mascado al percibir el dividendo providencial*.

Id, si no, á cualquiera gran manufactura industrial ó empresa de trabajo realizado con arreglo al nuevo patrón capitalístico, y allí veréis cómo todos cuantos se mueven y tra-

bajan, desde el último peón al director y el ingeniero, son simples asalariados mejor ó peor retribuidos.

Todos trabajan *á sueldo*, mercenariamente, para otros, para los *accionistas invisibles*; pero el trabajo se realiza regularmente, con toda perfección, orden, actividad y economía, sin que para nada se eche de menos la ausencia de los propietarios y de los capitalistas. Es, pues, evidente que los que así saben producir, con ausencia absoluta de capitalistas y propietarios, tienen perfecto derecho á la incautación de las riquezas que manejan sabia y prudentemente y que hacen germinar de una manera realmente asombradora.

Verdad es que la gran cuestión á resolver entre el capitalismo individualizado y el trabajo sujeto, absurda y abusivamente, á sufrir los injustos esquilmos, insidiosas esclavitudes y humillantes dependencias de la explotación, no estriba, única y exclusivamente, en que todas las propiedades y riquezas del mundo pasen ó no á ser explotadas directamente por la masa humana trabajadora.

No; podrían muy bien los ricos y los propietarios, sin detrimento de su perniciosa preponderancia social, acceder gustosos á este deseo, *colocar sus riquezas territoriales, industriales, urbanas y pecuarias y hasta sus propias afecciones monetarias, en poder de los obreros*, siempre que les quedase intacto el privilegio de vivir tranquilos *á expensas del dividendo ó del corte del cupón*; porque, en realidad de verdad, no es la posesión privativa de las riquezas acaparables lo que hace á los hombres felices y dichosos socialmente hablando, sino el disfrute tranquilo y sosegado de los productos del trabajo.

Mas á pesar de la evidente verdad entrañada en la manifestación precedente, nosotros creemos sincera y profundamente que esta novísima fase del poseer privativo, por su *forma anónima*, implica un gran progreso, progreso que, ó mucho nos equivocamos, ó en definitiva habrá de conducirnos á la verdadera emancipación de la sociedad.

\*  
\* \*

La propiedad en sí nada vale cuando nada produce.

Tan evidente é indiscutible lo juzgamos, que creemos estar seguros, *segurísimos* de que, si los actuales propietarios, capitalistas y demás mandarines y explotadores de la sociedad se persuadieran, íntima y profundamente, de que el pueblo productor obrero, una vez *hecho propietario universal*, iba á consentir, gustoso y satisfecho de su suerte, en la entrega, *como tributo de justicia*, de la mayor y mejor parte de cuanto socialmente se produjera trabajando, para el sostenimiento del fausto oficial y de la parasitaria aristocrática, teocrática, leuocrática, militarista, judicial y merocrática; persuadidas de esto las clases directoras y acaparadoras de la sociedad, es de creer no tuvieran inconveniente alguno en hacer al pueblo trabajador *donación voluntaria y graciosa de todas sus propiedades y riquezas*, porque lo que el mundo del privilegio busca no son, ciertamente, los grandes cuidados, desvelos y continuos sobresaltos que trae consigo aparejada la conservación privativa de la propiedad, sino el libre y tranquilo disfrute de los productos que el trabajo, verdadera fuente de Juvencio, arranca á la riqueza y hace brotar de las propiedades.

\*  
\* \*

La acción absorbadora del capitalismo, en su lento y continuado chupar asimilador de los jugos del trabajo, tiende á la acumulación de grandes elementos productivos y fácilmente reproductibles. Se apodera el capitalismo de la propiedad territorial y de la industrial, no sólo por lo que en sí representan tan estimables elementos de vida, sino como medios reproductores de incomparable valor donde consigue fácilmente hacer brotar, en fecundas multiplicaciones, los esfuerzos del trabajo humano.

Siendo dueños los capitalistas y los propietarios de la tierra, de la fábrica, de la locomotora, del buque, del carro, del telar y de todas las grandes herramientas y medios ordinarios y extraordinarios de producción, cambio y transporte; siendo los ricos, individual y privativamente, dueños del dinero, de la propiedad rústica y urbana, de cuantos elementos, en fin, son útiles al desenvolvimiento regular y progresivo de la prosperidad social del género humano, los capitalistas y los propietarios, claro está, disponen á su antojo de las fuerzas vivas del trabajo, de los elementos humanos de la producción de los obreros, en una palabra. Y para eso, para explotar y dominar al hombre despojado por la ley y por la fuerza de todo patrimonio y riqueza, los astutos dominadores del régimen actual acaparan la propiedad y se hacen dueños discrecionales y absolutos de todo cuanto implica valor y supone provecho lucrativo y privilegio soberano.

Sin embargo, nosotros nos felicitamos del sesgo que van tomando las cosas. Sabemos cuán monstruosa es la infamia de explotación moderna que ha dado origen á ese especulador anónimo denominado *accionista*. Conocemos los crímenes monstruosos y las miserables expoliaciones que las grandes empresas cometen por *aumentar la cuantía del mágico dividendo providencial* y mantener así satisfecha la insaciable codicia de sus bienhallados accionistas. Lo sabemos todo, y todo lo hemos analizado revolviendo las asquerosas basuras de cloaca en que se arrastra, envilecida y putrefacta, la actual legalidad. Pero, á pesar de conocer en toda su repugnante magnitud degradadora la extensión del mal que nos corroe y domina, entendemos que esta nueva fase del poseer y explotar, por su *forma indirecta, casi nominal*, si así se nos permite expresarnos, debilita notablemente la autoridad de los poseedores; y por eso, precisamente, nos parece la *menos mala*.

Vengan, pues, nuevos y más formidables sindicatos de explotación capitalística; que á los *trusts* de los *aceros* y del *petróleo*, sucedan inmediatamente los *trusts* de la *madera* y del *Océano*; que lo acapare todo el *accionista* y se *idealice* el propietario á la mayor brevedad posible, y así acabaremos más pronto y de una vez.

Debilitar la autoridad del propietario es preparar insensiblemente la supresión de la propiedad bajo su presente forma individualista y privativa. Porque una sociedad que se acostumbra á ver *prácticamente* que para nada sirven ni hacen falta en el concierto del bienestar humano los propietarios y los capitalistas, el día que se le presente ocasión propicia de romper los viejos moldes en que vive aprisionada, es seguro que no titubeará un solo momento en eliminar de su seno á los zánganos estériles.

Y á eso vamos precisamente, á producir la eliminación social de los propietarios y de los capitalistas, y de cuantos otros elementos de explotación y tiranía resulten socialmente perjudiciales al libre desenvolvimiento de la justicia fraternal.

DONATO LUBEN.

## ACRACIÁPOLIS

### CUENTO

En el inmenso territorio que abarca el Brasil, después de atravesar infinidad de bosques impenetrables habitados por enormes serpientes, tigres, leones y otra infinidad de fieras que ponen en peligro la vida de las personas que se atreven á cruzarlos existe una hermosa población llamada Acraciápolis, cuyos habitantes, en número de 5.000, son dignos de un detenido estudio por sus usos y costumbres, ó mejor dicho por su modo de vivir.

Dicha población, que según se calcula cuenta con doscientos años de existencia, debe su origen á una partida de exploradores compuesta de 100 personas entre hombres y mujeres, las cuales después de atravesar infinidad de terreno desconocido por entre bosques y barrancos desafiando y salvando mil peligros á cada momento, encontraron una hermosa pradera con un terreno fértil cruzado por encantadores arroyos de agua cristalina, y rodeada de numerosos árboles frutales silvestres que proporcionaban el alimento necesario á los viajeros errantes.

Allí decidieron, pues, establecerse definitivamente, lejos de una sociedad corrompida y criminal, y al efecto empezaron á construir algunas barracas provisionales donde albergarse, mientras fueron construyendo hermosas casas que les proporcionaban todas las comodidades.

No faltaban en aquella comitiva ingenieros y buenos operarios, así como también las herramientas más indispensables para los primeros trabajos, y esto ayudado de algunas minas que por allí existen, les proporcionó los medios de hacerse con máquinas de todas clases y fomentar con rápido impulso la nueva ciudad por ellos formada, á la que dieron el nombre de Acraciópolis.

Vivían todos en la mejor armonía, sin que ninguno de ellos se considerase superior á sus compañeros, trabajando todos para proporcionarse el bienestar mutuo y para satisfacer las necesidades de la vida. En estas condiciones fueron pasando años y más años, multiplicándose los habitantes de aquella nueva ciudad, sin que jamás reinara entre ellos la discordia ni el egoísmo. El único egoísmo que existía era el estímulo natural en las ciencias para alcanzar una obra ó un descubrimiento que redundase en beneficio de todos, por lo cual obtenía el autor los elogios de la comunidad en general.

En estas condiciones han transcurrido doscientos años, aumentando cada día la población hasta llegar á 5.000 habitantes que hoy cuenta, sin que jamás hayan sentido la necesidad de crear un gobierno, sin leyes escritas, sin dinero, sin curas, sin jueces, sin soldados ni policía, sin cárceles ni patibulos, sin ladrones ni prostitutas, en una palabra, sin ninguna de las porquerías y vicios que tenemos en nuestra sociedad.

Con la ayuda de las máquinas, que son propiedad común de todo el pueblo, se ejecuta el trabajo en pocas horas y en condiciones agradables. No ocurren catástrofes en las minas ni accidentes tristes en los demás trabajos, porque se procura aplicarles todas las condiciones de seguridad posibles.

Como sobra tiempo y están los medios necesarios al alcance de todos, al mismo tiempo que se ejecuta el trabajo material se cultivan las artes y ciencias, proporcionándose el mayor grado de bienestar y recreo. No se conocen allí las bebidas alcohólicas ni las adulteraciones en las substancias alimenticias, porque no existen negociantes poco escrupulosos que traten de enriquecerse aun á costa de envenenar á sus semejantes, como acontece en nuestra sociedad.

Las uniones de distintos sexos son espontáneas y por verdadero amor, sin la intervención ni sanción de tercera persona, puesto que no hay las miras egoístas del interés.

Los niños y los ancianos son educados y cuidados por la comunidad, sin que esto se considere como caridad, sino como un deber. Los trabajos indispensables y pesados ó repugnantes se ejecutan voluntariamente y por turno, puesto que redundan en beneficio de todos. En fin; tal es, descrita á grandes rasgos, la organización social en la población de Acraciópolis.

Aquellas personas que lean esta descripción y les guste, si quieren ir allá sólo les dire que el camino es bien conocido: seguir siempre la carretera de la revolución social.

Encontrarán durante el viaje muchos obstáculos y peligros, pero no hay que desmayar; si tienen valor y perseverancia, llegarán; no hay duda, llegarán.

VICENTE CARRERAS.